



Asamblea General

Septuagésimo segundo período de sesiones

3^a sesión plenaria

Martes 19 de septiembre de 2017, a las 9.00 horas

Nueva York

Documentos oficiales

Presidente: Sr. Lajčák (Eslovaquia)

Se abre la sesión a las 9.05 horas.

Tema 110 del programa

Memoria del Secretario General sobre la labor de la Organización (A/72/1)

El Presidente (*habla en inglés*): De conformidad con la decisión adoptada en su 2^a sesión plenaria, celebrada el 15 de septiembre de 2017, la Asamblea General escuchará una presentación por el Secretario General relativa a su memoria anual sobre la labor de la Organización (A/72/1), con arreglo al tema 110 del programa.

Doy ahora la palabra al Secretario General, Excmo. Sr. António Guterres.

El Secretario General (*habla en inglés*): Comparezco en el día de hoy con gratitud y humildad por la confianza que los miembros de la Asamblea General han depositado en mí para prestar servicios a los pueblos del mundo. “Nosotros los pueblos” y las Naciones Unidas afrontamos graves desafíos. El mundo tiene problemas. Los pueblos sufren y están enojados. Ven cómo aumenta la inseguridad, cómo crece la desigualdad, cómo se propagan los conflictos y cómo cambia el clima. La economía mundial se integra cada vez más, pero tal vez nuestra percepción de la comunidad mundial está desintegrándose. Las sociedades se fragmentan. El discurso político se ha polarizado. La confianza dentro de los países y entre ellos se desvanece ante los que demonizan y dividen. Somos un mundo fragmentado. Debemos ser un mundo de paz. Tengo la firme convicción de que, juntos, podemos consolidar la paz. Podemos restablecer la confianza y crear un mundo mejor para todos.

Hoy me centraré en siete amenazas y pruebas que se interponen en nuestro camino. Para cada cual, los peligros son demasiado evidentes. No obstante, si actuamos verdaderamente como naciones unidas, podemos encontrar respuestas.

En primer lugar, en cuanto al peligro nuclear, el uso de armas nucleares debe ser algo impensable. Jamás puede tolerarse siquiera la amenaza de su uso. No obstante, hoy las ansiedades mundiales con respecto al uso de armas nucleares están al nivel más alto desde el fin de la Guerra Fría. El temor no es abstracto. Millones de personas viven bajo la sombra del temor que infunden los ensayos nucleares y de misiles por parte de la República Popular Democrática de Corea, que constituyen actos de provocación. En la República Popular Democrática de Corea, estos ensayos no hacen nada para aliviar la difícil situación de quienes padecen hambre y violaciones graves de sus derechos humanos.

Condeno estos ensayos de manera inequívoca. Insto a la República Popular Democrática de Corea y a todos los Estados Miembros a que cumplan plenamente lo dispuesto en las resoluciones del Consejo de Seguridad. La aprobación unánime de la resolución 2375 (2017) la semana pasada recrudeció las sanciones y envió un mensaje claro sobre las obligaciones internacionales que incumben a ese país. Hago un llamamiento al Consejo para que mantenga su unidad. Solo esa unidad podrá llevar a la desnuclearización de la península de Corea y, como se reconoce en la resolución, puede crear la oportunidad para asumir un compromiso diplomático que permita resolver la crisis.

La presente acta contiene la versión literal de los discursos pronunciados en español y la traducción de los demás discursos. Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y deben enviarse con la firma de un miembro de la delegación interesada, incorporadas en un ejemplar del acta, al Jefe del Servicio de Actas Literales, oficina U-0506 (verbatimrecords@un.org). Las actas corregidas volverán a publicarse electrónicamente en el Sistema de Archivo de Documentos de las Naciones Unidas (<http://documents.un.org>).

17-29131 (S)



Documento accesible

Se ruega reciclar



Cuando las tensiones aumentan, también lo hace la posibilidad de un error de cálculo. La conversación acalorada puede llevar a malentendidos fatales. La solución debe ser política, y ha llegado el momento de actuar como estadistas. No debemos ir a ciegas hacia la guerra. De modo más amplio, todos los países deben mostrar un mayor compromiso con el objetivo universal de un mundo sin armas nucleares. Los Estados poseedores de armas nucleares tienen la responsabilidad especial de dirigir. Hoy la proliferación genera un peligro inimaginable, y el desarme está paralizado. Urge prevenir la proliferación, promover el desarme y preservar los avances logrados en esos ámbitos. Esos objetivos están vinculados: el progreso en uno dará lugar al progreso en el otro.

En segundo lugar, quisiera referirme a la amenaza mundial que supone el terrorismo. Nada justifica el terrorismo: ninguna causa, ningún agravio. El terrorismo sigue cobrándose un creciente número de muertos y causando una devastación cada vez mayor. Está destruyendo sociedades, desestabilizando regiones y desviando energías de actividades más productivas. Los esfuerzos nacionales y multilaterales de lucha contra el terrorismo han permitido desarticular redes, recuperar territorio, prevenir ataques y salvar vidas; pero debemos intensificar esa labor. Sigue siendo fundamental fortalecer la cooperación internacional en la lucha contra el terrorismo.

Doy las gracias a la Asamblea General por haber aprobado una de mis primeras iniciativas de reforma, es decir, el establecimiento de la Oficina de las Naciones Unidas de Lucha contra el Terrorismo. Para el próximo año, tengo la intención de convocar la primera reunión de jefes de organismos de lucha contra el terrorismo de los Estados Miembros para forjar una nueva alianza internacional contra el terrorismo. Sin embargo, no basta luchar contra los terroristas en el campo de batalla o denegarles fondos. Debemos hacer más por eliminar las causas profundas de la radicalización, como las injusticias reales y percibidas y los elevados niveles de desempleo e injusticias entre los jóvenes. Los líderes políticos, religiosos y comunitarios tienen el deber de oponerse al odio y servir de ejemplo de tolerancia y moderación. Juntos, necesitamos aprovechar al máximo los instrumentos de las Naciones Unidas y dedicar nuestros esfuerzos a apoyar a los sobrevivientes. Sin embargo, la experiencia también ha demostrado que las severas medidas de represión y los métodos agresivos son contraproducentes. Tan pronto como comenzamos a creer que las violaciones de los derechos humanos y las libertades democráticas son necesarias para ganar la batalla, también podríamos haber perdido la guerra.

En tercer lugar, en lo que respecta a los conflictos no resueltos y a las violaciones sistemáticas del derecho internacional humanitario, todos nos sentimos conmovidos por la escalada dramática de las tensiones sectarias en el estado de Rakáin, en Myanmar. Un círculo vicioso de persecución, discriminación, radicalización y represión violenta ha llevado a más de 400.000 personas a tratar desesperadamente de huir, poniendo en riesgo la estabilidad de la región. Tomo nota del discurso pronunciado hoy por la Consejera de Estado Aung San Suu Kyi y de su intención de aplicar las recomendaciones de la Comisión Asesora sobre el estado de Rakáin, que fueron compartidas por Kofi Annan, en el plazo más breve posible. No obstante, permítaseme subrayar una vez más que las autoridades de Myanmar deben poner fin a las operaciones militares, permitir el acceso humanitario sin trabas y reconocer el derecho de los refugiados a regresar en condiciones de seguridad y dignidad. También debo abordar las quejas de los Rohinyás, cuya situación sigue sin resolverse desde hace muchísimo tiempo.

Nadie está ganando las guerras de hoy. Desde Siria hasta el Yemen, desde Sudán del Sur hasta el Sahel, el Afganistán y otros lugares, solo las soluciones políticas podrán lograr la paz. No deberíamos hacernos ilusiones: no podremos erradicar el terrorismo si no resolvemos los conflictos que generan los disturbios en los que florecen los extremistas violentos. La semana pasada, anuncié el establecimiento de una junta consultiva de alto nivel sobre mediación. Los eminentes miembros de la junta nos permitirán ser más eficaces a la hora de negociar la paz en todo el mundo. Las Naciones Unidas están forjando alianzas más estrechas con organizaciones regionales clave, como la Unión Africana, la Unión Europea, la Liga de los Estados Árabes y la Organización de Cooperación Islámica. Seguimos fortaleciendo y modernizando el mantenimiento de la paz, protegiendo así a los civiles y salvando vidas en todo el mundo. Desde que asumí el cargo, he tratado de reunir a las partes en los conflictos, así como a aquellos que ejercen influencia sobre ellas. Como un buen ejemplo, tengo muchas esperanzas en cuanto a la reunión de mañana sobre Libia. El mes pasado, visité Israel y Palestina. No debemos permitir que el estancamiento de hoy en el proceso de paz conduzca a la escalada de las tensiones mañana. Debemos restablecer la esperanza de los dos pueblos. La solución biestatal sigue siendo el único camino a seguir, y se debe seguir con urgencia.

Sin embargo, debo ser franco. En demasiados casos, las partes en conflicto consideran que la guerra es la respuesta. Puede que hablen de voluntad de avenencia,

pero sus acciones a menudo traicionan una sed de victoria militar absoluta a cualquier precio. Las violaciones del derecho internacional humanitario son desenfrenadas y prevalece la impunidad. Los civiles pagan el precio más alto, teniendo en cuenta que las mujeres y las niñas enfrentan la violencia y opresión sistemáticas. En mi país y durante mis años en las Naciones Unidas, he visto que es posible pasar de la guerra a la paz y de la dictadura a la democracia. Avancemos aumentando la diplomacia hoy y demos un salto en la prevención de conflictos al mañana.

En cuarto lugar, el cambio climático pone en peligro nuestras esperanzas. El año pasado fue el más caluroso de todos, y la última década ha sido la más caliente que se haya registrado. La temperatura global promedio continúa subiendo, retroceden los glaciares y disminuye el permafrost. Millones de personas y billones de dólares en activos corren peligro por el aumento del nivel de los mares y otras alteraciones climáticas. El número de desastres naturales se ha cuadruplicado desde 1970. Los Estados Unidos, seguidos por China, la India, Filipinas e Indonesia, han sufrido el mayor número de desastres desde 1995 —más de 1.600, o uno cada cinco días. Me solidarizo con la población del Caribe y la de los Estados Unidos que acaban de sufrir el huracán Irma —la tormenta de categoría 5 de una duración jamás registrada— y María ya está en camino.

No debemos vincular ningún fenómeno meteorológico al cambio climático, pero los científicos están claros de que este clima extremo es precisamente lo que predicen sus modelos que será la nueva normalidad del calentamiento mundial. Hemos tenido que actualizar nuestro lenguaje para describir lo que está sucediendo. Ahora hablamos de megahuracanes, supertormentas y bombas de lluvia. Es hora de dejar el camino de las emisiones suicidas. Sabemos lo suficiente hoy como para actuar. La ciencia es irrefutable, e insto a los Gobiernos a que apliquen el histórico Acuerdo de París con una aspiración cada vez mayor. Felicito a las ciudades que están fijando metas audaces, y acojo con beneplácito las iniciativas de miles de empresas privadas, incluidas las principales empresas de petróleo y gas, que apuestan por un futuro limpio y verde. Los mercados energéticos nos están diciendo que el negocio ecológico es un buen negocio. La disminución del precio de la energía renovable es hoy una de las historias más alentadoras del planeta, así como la evidencia cada vez mayor de que las economías pueden crecer a medida que disminuyen las emisiones, con nuevos mercados, más empleos y oportunidades para generar billones de dólares en la producción económica. Los

hechos son evidentes. Las soluciones están ante nuestros ojos. Es necesario que los dirigentes las vean.

(continúa en francés)

En quinto lugar, las desigualdades cada vez mayores socavan las bases de la sociedad y el contrato social. La integración de las economías del mundo, la expansión del comercio y los espectaculares avances tecnológicos han traído consigo considerables beneficios. Más personas que nunca antes han salido de la pobreza extrema. Además, la clase media del mundo es ahora más importante que nunca, y más personas viven una vida más larga y gozan de mejor salud. Sin embargo, ese progreso no es compartido por igual. Vemos enormes disparidades en cuanto a ingresos, igualdad de oportunidades y acceso a los resultados de la investigación y la innovación. Ocho hombres poseen la misma parte de riqueza mundial que la mitad de toda la humanidad. Regiones, países y comunidades enteras permanecen lejos de la tendencia cada vez mayor de progreso y crecimiento y son abandonados a su propia suerte en las situaciones más difíciles de nuestro mundo. Esa exclusión tiene un precio: frustración, enajenación e inestabilidad, pero tenemos un plan que tiene por objetivo cambiar el rumbo para lograr una globalización equitativa. Ese plan es la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible.

La mitad de la población mundial es femenina. La mitad de la población mundial tiene menos de 25 años de edad. No podemos alcanzar los Objetivos de Desarrollo Sostenible sin aprovechar el poder de las mujeres y sin apoyarnos en la enorme energía de los jóvenes. Sabemos cuán rápida puede ser la transformación hoy. Sabemos que, con la riqueza y los activos del mundo por un valor de miles de millones de dólares, no nos faltan los fondos. Encontremos la sabiduría de utilizar los instrumentos, los programas y los recursos que ya tenemos en nuestras manos para lograr un desarrollo sostenible y beneficioso para todos, que no sea solo un objetivo en sí, sino que también sea nuestro mejor instrumento para prevenir los conflictos.

El lado oscuro de la innovación es la sexta amenaza que debemos afrontar, y ha pasado de la frontera a la puerta principal. La tecnología seguirá estando en el centro del progreso compartido, pero la innovación, por indispensable que sea para la humanidad, podría tener consecuencias imprevistas. Las amenazas ligadas a la ciberseguridad se acentúan. La guerra cibernética se está convirtiendo en una realidad cada vez menos oculta; es cada vez más capaz de perturbar las relaciones entre los Estados y de destruir centenares de estructuras y sistemas de la vida moderna. El progreso

en el ciberespacio puede, ciertamente, emancipar a las personas, pero la llamada “red oscura” muestra que algunos utilizan su potencial para hacer daño y esclavizar a los demás. La inteligencia artificial es un nuevo fenómeno que puede estimular el desarrollo y mejorar las condiciones de vida de forma espectacular. Sin embargo, también puede tener un efecto dramático en los mercados laborales y, en definitiva, sobre la sociedad mundial e, incluso, el tejido social. La ingeniería genética ha pasado de la ciencia-ficción al mercado, pero ha engendrado nuevos dilemas éticos no resueltos. A menos que se trate de manera responsable, esa evolución podría causar daños incalculables.

(continúa en español)

Los Gobiernos y las organizaciones internacionales sencillamente no están preparados para esta nueva situación. Las formas tradicionales de regulación simplemente ya no son válidas. Está claro que este tipo de tendencias y capacidades exige una nueva generación de pensamiento estratégico, de reflexión ética y de regulación. Las Naciones Unidas están dispuestas a ser un foro en el que los Estados Miembros, la sociedad civil, las empresas y el mundo académico puedan reunirse y hablar sobre el camino a seguir, en beneficio de todos.

(continúa en inglés)

Por último, quiero hablar de la movilidad humana, que no percibo como una amenaza, aunque algunos sí lo hacen. La considero un desafío que, si se gestiona adecuadamente, puede ayudar a unir al mundo. Seamos claros: no solo afrontamos una crisis de refugiados, sino también una crisis de solidaridad. Todos los países tienen derecho a controlar sus propias fronteras, pero ello debe hacerse de manera tal que se protejan los derechos de las personas en movimiento. En lugar de puertas cerradas y hostilidad declarada necesitamos restablecer la integridad del régimen de protección de los refugiados y la simple decencia de la compasión humana. Con un verdadero reparto de la responsabilidad mundial, el número de refugiados que tenemos ante nosotros puede gestionarse. Sin embargo, demasiados Estados no han estado a la altura de las circunstancias. Encomio a los países que han brindado una hospitalidad admirable a millones de personas desplazadas por la fuerza. Debemos y podemos hacer más para apoyarlas.

También debemos hacer más para afrontar los retos de la migración. La verdad es que la mayoría de los migrantes se desplazan ordenadamente, haciendo contribuciones positivas a los países de acogida y a sus países de origen. Es cuando los migrantes se desplazan en formas

no reguladas que los riesgos se hacen evidentes: riesgos para los Estados, pero, de manera muy particular, para los migrantes que están expuestos a viajes peligrosos.

La migración siempre ha estado con nosotros. El cambio climático, la demografía, la inestabilidad, las desigualdades cada vez mayores y las aspiraciones a una vida mejor, así como las necesidades no satisfechas en los mercados laborales, nos indican que seguirá existiendo. La respuesta es una cooperación internacional eficaz en la gestión de la migración para garantizar que sus beneficios se distribuyan más ampliamente y los derechos humanos de todos los interesados estén debidamente protegidos. Por mi experiencia, puedo garantizar a los miembros que la mayoría de las personas prefieren materializar sus aspiraciones en el hogar. Debemos trabajar de consuno. La cooperación para el desarrollo debe orientarse de una manera tal que les permita hacer eso. La migración debe ser una opción, no una necesidad.

También necesitamos un compromiso mucho mayor de parte de la comunidad internacional para castigar a los que se dedican a la trata de personas y proteger a sus víctimas. Seamos claros: no podremos poner fin a las tragedias en el Mediterráneo, el mar de Andamán u otros lugares si no creamos más oportunidades para la migración regular, lo que redundará en beneficio de los migrantes y los países por igual.

Al igual que muchas personas en este Salón, yo también soy migrante. Sin embargo, nadie esperaba que pusiera en peligro mi vida en una balsa que hiciera agua o que atravesara un desierto en la parte trasera de un camión para encontrar empleo fuera de mi país de nacimiento. La migración en condiciones de seguridad no puede limitarse a la élite mundial. Los refugiados, los desplazados internos y los migrantes no son el problema; el problema reside en los conflictos, la persecución y la pobreza desesperada.

Me apena ver la manera en que los refugiados y los migrantes han sido estereotipados y convertidos en chivo expiatorio. y ver a figuras políticas avivar el resentimiento en busca de ganancias electorales. En el mundo de hoy, todas las sociedades son cada vez más multiculturales y multiétnicas y profesan múltiples credos. Esa diversidad debe considerarse una fuente de riqueza, no una amenaza. No obstante, para que la diversidad sea un éxito debemos invertir en la cohesión social a fin de que todas las personas sientan que su identidad se respeta y tengan interés en la comunidad en su conjunto.

Debemos reformar nuestro mundo, y estoy decidido a reformar nuestras Naciones Unidas. Juntos hemos

emprendido un amplio esfuerzo de reforma, a saber, construir un sistema de desarrollo de las Naciones Unidas que preste apoyo a los Estados para mejorar la vida de las personas; reforzar nuestra capacidad para salvaguardar la paz, la seguridad y los derechos humanos, y adoptar prácticas de gestión que promueven esos objetivos en lugar de obstaculizarlos. Hemos puesto en marcha un nuevo enfoque centrado en las víctimas para prevenir la explotación y los abusos sexuales. Tenemos una hoja de ruta para lograr la paridad de género en las Naciones Unidas, y ya estamos en camino.

Estamos aquí para servir, mitigar el sufrimiento de “nosotros, los pueblos” y contribuir al cumplimiento de sus sueños. Venimos de distintas partes del mundo. Nuestras culturas, religiones y tradiciones varían muchísimo —y yo diría, maravillosamente. En ocasiones, hay intereses contrapuestos entre nosotros, y a veces hay incluso un conflicto abierto. Por ese motivo, necesitamos a las Naciones Unidas. Es precisamente por ello que el multilateralismo es más importante que nunca. Nos llamamos a nosotros mismos la comunidad internacional. Debemos actuar como una unidad, porque solamente juntos, como naciones unidas, podremos cumplir la promesa de la Carta de las Naciones Unidas y promover la dignidad humana para todos.

El Presidente (*habla en inglés*): Doy las gracias al Secretario General por su declaración.

Declaración de la Presidencia

El Presidente (*habla en inglés*): Antes de formular mi declaración, deseo expresar nuestra solidaridad con el pueblo de Dominica, que ha sufrido los estragos del huracán María esta noche. Nuestros pensamientos están con las demás personas que se están preparando para el impacto de su llegada, muchos de las cuales sufrieron recientemente los efectos del huracán Irma.

Tengo el honor de dar la bienvenida a Nueva York a todos los presentes para participar en el debate general de la Asamblea General en su septuagésimo segundo período de sesiones. Quisiera poder formular un discurso diferente del que he preparado. Quisiera poder señalar una larga lista de ejemplos de mediación y pronta adopción de medidas para evitar los conflictos con éxito. Preferiría hablar solo acerca de las personas que se desplazan y migran por decisión propia, no por desesperación. Sería estupendo felicitar a todos los presentes en este Salón por haber cumplido los compromisos individuales relativos al clima y por haber relegado la pobreza extrema a los libros de historia. Espero que alguien, en última instancia,

pueda pronunciar un discurso de ese tipo desde esta tribuna de mármol, pero hoy no puedo ser yo. Por el contrario, el conflicto continúa como una desagradable realidad de nuestro mundo. Los civiles, no los soldados, pagan el precio más alto. Las escuelas y los hospitales, y no los cuarteles militares, son blancos de ataques.

También me veo obligado a hablar hoy de más de 65 millones de personas que abandonan sus hogares porque se ven obligadas a hacerlo y no porque lo deseen. Debo aprovechar mi discurso de hoy para abordar otros desafíos importantes, como la pobreza persistente, el aumento de las desigualdades, los atentados terroristas indiscriminados y el empeoramiento de los efectos del cambio climático. Estos son retos mundiales —todos los países deben hacer frente, por lo menos, a alguno de ellos— pero también revisten un carácter individual, pues afectan a la vida de cada persona.

Esto no quiere decir que no haya nada que celebrar hoy. Al suscribir los Objetivos de Desarrollo Sostenible hemos hecho una promesa colectiva a la humanidad. Nos hemos movilizado en apoyo de acuerdos de paz como el que se ha alcanzado en Colombia. Hemos dicho “basta ya” al cambio climático al firmar el Acuerdo de París sobre el Cambio Climático.

Sin embargo, no estamos hoy aquí para mencionar nuestros logros anteriores. Estamos aquí para mirar hacia el futuro. Durante la próxima semana, escucharemos perspectivas e ideas, así como también críticas y preocupaciones. Estas trazarán el rumbo de las Naciones Unidas en su labor para hacer frente a los desafíos mundiales más urgentes. Estoy seguro de que también llegarán a los países por conducto de sus representantes e influirán en la labor de los dirigentes mundiales. Daré ahora el pistoletazo de salida esbozando mi visión para el septuagésimo segundo período de sesiones.

En primer lugar, la paz y la prevención debe estar en el centro de toda labor de las Naciones Unidas, pues, si leemos la Carta de las Naciones Unidas, observamos que la guerra solo se menciona en cinco ocasiones. Sin embargo, la palabra paz aparece 47 veces. Lamentablemente, estamos dedicando demasiado tiempo y dinero a reaccionar ante los conflictos y no lo suficiente en prevenirlos. Debemos replantear nuestros esfuerzos en torno a la paz y la prevención. Esa es la única manera de garantizar que las Naciones Unidas realicen el trabajo para el que fueron creadas.

Quiero ser claro. Dar, en primer lugar, prioridad a la paz y la prevención no consiste en solicitar más capacidad del exterior. Las Naciones Unidas ya cuentan con

la mayoría de los instrumentos que necesitan. Nos faltan las condiciones para que dichos instrumentos puedan ser empleados debidamente. Las resoluciones sobre el sostenimiento de la paz (la resolución 70/262 de la Asamblea General y la resolución 2282 (2016) del Consejo de Seguridad) deben ser la principal herramienta. En ellas se nos reta a fortalecer nuestra respuesta a las crisis antes de que estallen o se reaviven los conflictos. Se nos insta a adoptar un nuevo enfoque de la prevención. Para hacer realidad esta idea es preciso aplicar estas resoluciones. Espero contribuir a este proceso durante mi Presidencia.

La prevención debe convertirse en una parte más importante de la labor de la Asamblea General. Esto será importante en nuestro examen en curso de las operaciones de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz y para nuestro compromiso con la nueva Oficina de las Naciones Unidas de Lucha contra el Terrorismo. La prevención también debe integrarse mejor en los derechos humanos y el desarrollo. Cuando las personas pueden vivir una vida digna, cuando sus derechos son respetados y cuando el estado de derecho está presente en la vida cotidiana es más difícil que surjan conflictos en las sociedades.

En segundo lugar, hay que centrarse más en las personas. Ello se debe a que las Naciones Unidas no fueron creadas para los diplomáticos o los dignatarios; fueron creadas para los pueblos. Sabemos que muchas personas están desilusionadas. Sin embargo, muchas otras en todo el mundo albergan grandes esperanzas en nosotros. Consideran que la bandera azul de las Naciones Unidas es una primera señal de seguridad y el comienzo del cambio. Una de las principales pruebas que tendremos ante nosotros será el proceso de aprobación del primer pacto mundial para la migración y, permítaseme hablar con franqueza, será un proceso difícil. La cuestión de la migración suscita muchas divisiones. Todos tenemos una opinión diferente al respecto, pero no por ello debemos convertir este proceso en un ejercicio de burocracia. No podemos quedarnos con un acuerdo que sea papel mojado.

Otro desafío importante que exige un enfoque centrado en las personas es el terrorismo internacional. Este no es un problema que pueda solucionarse con pistolas o contenerse con barreras. Las personas están en su centro. Son ellas las que contribuyen a él. Son ellas las que sufren a causa de él. La única manera de tener éxito en ambas esferas consistirá en decidir centrarse en las personas en vez de aferrarse con rigidez a las posiciones individuales. Necesitamos marcos mundiales viables que puedan ser aplicados por y para las personas en tiempo real.

Quiero recalcar algo: no podemos fracasar. Si lo hacemos, ¿cómo podemos afirmar que las Naciones Unidas son el foro más adecuado para abordar los desafíos mundiales? Aquellos que desconfían de las Naciones Unidas habrán tenido razón y a otros les resultará difícil mantener su esperanza. También debe adoptarse un sólido enfoque centrado en las personas en la esfera humanitaria. Ninguna parte debe poder obstaculizar el acceso y la asistencia de las Naciones Unidas a los más necesitados. Las violaciones del derecho internacional humanitario son demasiado frecuentes y la rendición de cuentas por esos crímenes es demasiado escasa.

Por último, debemos mantener las promesas asumidas de promover la prosperidad y proteger el planeta. Asumimos un compromiso claro en virtud de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible y el Acuerdo de París sobre el Cambio Climático. Prometimos mejorar la vida de todas las personas y garantizar el futuro del planeta en el que vivimos. Sin embargo, no podremos lograrlo sin obtener suficiente financiación. No podemos quedarnos de brazos cruzados y esperar pacientemente que aparezcan billones de dólares. Debemos salir a buscarlos. Para ello, tendremos que colaborar más con el sector privado y las instituciones financieras.

Considero que los grupos temáticos prioritarios de la paz y la prevención, las personas y el planeta y la prosperidad son tres lados del mismo triángulo. Puede que no todos los lados tengan la misma anchura o longitud, pero todos tienen la misma importancia. Estoy seguro de que este triángulo señalará perspectivas promisorias para nuestro mundo.

No olvidemos otras cuestiones importantes que debemos integrar en nuestra labor. Los derechos humanos son fundamentales; ni la paz ni el desarrollo pueden prosperar sin ellos. Debemos recordar que tenemos mucho trabajo por hacer en la esfera de la igualdad entre los géneros. El liderazgo y la participación de las mujeres deben ser prioritarios tanto en los contextos de conflicto como en los de paz.

La reforma de las Naciones Unidas también será una prioridad principal. Debe entablarse un diálogo abierto e inclusivo entre los Estados Miembros en relación con las propuestas de reforma del Secretario General. Trabajaré para facilitararlo, y también colaboraré personalmente con los Estados Miembros para fortalecer el papel de la Asamblea General. Asimismo, promoveré un proceso digno de crédito para abordar la reforma del Consejo de Seguridad.

Por último, las Naciones Unidas deben abrir más sus puertas. Debemos fortalecer nuestro compromiso

con una amplia variedad de interesados, incluidas las organizaciones regionales y subregionales, la sociedad civil y el sector privado. Necesitamos escuchar más a los jóvenes en este Salón.

Antes de concluir, permítaseme realizar una observación personal. Quisiera decir que no podemos hacer un llamamiento para modificar nuestra forma habitual de actuar y después seguir obrando igual que antes. Si queremos modificar la forma en la que las Naciones Unidas operan en todo el mundo, debemos empezar aquí, en Nueva York. Esto puede implicar un cambio institucional, pero también un cambio en la manera en la que trabajamos a diario. Podemos entablar un diálogo auténtico, pero no una sucesión de monólogos. Podemos concentrarnos en cuánto y no cuán poco podemos sacrificar en aras de la avenencia. Podemos mirar más allá de nuestras posiciones y programas individuales y ver el cuadro completo de la razón de la existencia de las Naciones Unidas y de la labor que tratan de realizar.

Tal vez no haya podido formular una declaración feliz hoy, felicitándonos a nosotros mismos por haber hecho del mundo un lugar mejor para vivir, pero a lo largo de todo este año voy a trabajar para mejorar las posibilidades de que algún día uno de mis sucesores tenga ese gran privilegio. Deseo éxito a la Asamblea en sus deliberaciones, que estoy seguro se llevarán a cabo en interés y para beneficio de todas las personas.

Antes de dar la palabra al primer orador, me permito recordar a los miembros que la lista de oradores para el debate general se ha elaborado sobre la base convenida en el sentido de que las declaraciones no deberán exceder los 15 minutos para que podamos escuchar a todos los oradores en el transcurso de una sesión dada. Deseo pedir a los oradores que, durante ese tiempo asignado, formulen sus declaraciones a un ritmo razonable a fin de que se puedan brindar adecuadamente los servicios de interpretación en los demás idiomas oficiales de las Naciones Unidas.

También deseo señalar a la atención de la Asamblea la decisión adoptada por la Asamblea General en períodos de sesión anteriores, a saber, que se desaconseja encarecidamente felicitar a los oradores dentro del Salón de la Asamblea General al término de su discurso. En ese sentido, después de formular sus declaraciones, se invita a los oradores a abandonar el Salón de la Asamblea General a través de la sala GA-200, ubicada detrás de la tribuna, antes de regresar a sus asientos.

¿Puedo considerar que la Asamblea General está de acuerdo en proceder de la misma manera durante el debate general del septuagésimo segundo período de sesiones?

Así queda acordado.

El Presidente (*habla en inglés*): Por último, deseo señalar a la atención de los miembros que durante el debate general las fotografías oficiales de todos los oradores las toma el Departamento de Información Pública. Se solicita a los miembros interesados en obtener esas fotografías que se pongan en contacto con la Fototeca de las Naciones Unidas.

Discurso del Presidente de la República Federativa del Brasil, Sr. Michel Temer

El Presidente (*habla en inglés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Presidente de la República Federativa del Brasil.

El Presidente de la República Federativa del Brasil, Sr. Michel Temer, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Presidente de la República Federativa del Brasil, Excmo. Sr. Michel Temer, a quien invito a dirigirse a la Asamblea.

El Presidente Temer (*habla en portugués; interpretación en inglés proporcionada por la delegación*): Sr. Presidente: Para comenzar, deseo felicitarlo por su elección. Puede usted contar con el apoyo constante de la delegación del Brasil.

También me complace saludar al Secretario General en nuestro idioma común, el portugués. Una vez más, deseo al Secretario General un éxito perdurable durante su mandato.

Los problemas que han enfrentado las Naciones Unidas desde su creación han sido diversos. Además, todos sabemos que las aspiraciones de sus fundadores no se han cumplido plenamente. Sin embargo, la verdad es que, en los últimos 72 años, las Naciones Unidas siempre han representado y siguen representando la esperanza. Lo cierto es que las Naciones Unidas siempre han representado y siguen representando la posibilidad de un mundo más justo, un mundo de paz y prosperidad, un mundo en el que nadie tenga que hacer frente a la discriminación, la opresión y la pobreza; un mundo en el que las pautas de producción y consumo sean compatibles con el bienestar de las generaciones presentes y futuras.

Las Naciones Unidas se han establecido como un foro privilegiado para construir el mundo al que aspiramos. Para edificar ese mundo, necesitamos contar con

los métodos adecuados y con un sentido de realismo, sin perder jamás de vista nuestros ideales. En estos momentos en la historia, que presenta rasgos tan distintivos como la incertidumbre y la inestabilidad, es evidente que se necesita más diplomacia y más negociación, no menos. Necesitamos más multilateralismo y diálogo, no menos. Ciertamente necesitamos más de las Naciones Unidas. Necesitamos que las Naciones Unidas sean cada vez más legítimas y eficaces.

Por ello, junto con muchos otros países, insistimos en la necesidad imperiosa de reformar las Naciones Unidas. Es especialmente necesario ampliar el Consejo de Seguridad a fin de adaptarlo a las realidades del siglo XXI. Es urgente que escuchemos la voluntad de la abrumadora mayoría de la Asamblea General.

No se debe asumir que las ideas que en el pasado han demostrado ser erróneas pueden ahora dar buenos resultados. Rechazamos las expresiones de nacionalismo exacerbado. No creemos en el proteccionismo como una solución para los problemas económicos. En realidad, esos desafíos requieren respuestas eficaces a las causas fundamentales de la exclusión social. La búsqueda del desarrollo en todas sus dimensiones debe guiar nuestra acción colectiva.

La determinación del Brasil de lograr el desarrollo sostenible constituye su máxima prioridad. Está impregnada en nuestras políticas públicas y en nuestras actividades en el extranjero. Por ejemplo, durante nuestra Presidencia de la Comunidad de Países de Lengua Portuguesa hicimos de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible el principal proyecto que impulsó nuestros esfuerzos en ese foro. El Brasil ha tratado de contribuir, en todos los frentes, al logro de los Objetivos de Desarrollo Sostenible.

La lucha contra el cambio climático es un componente necesario de esa contribución. Estamos decididos a apoyar el Acuerdo de París sobre el Cambio Climático. El año pasado presenté el instrumento brasileño de ratificación del Acuerdo. No existe la posibilidad de posponer la adopción de medidas para hacer frente al cambio climático. Debemos actuar ahora.

Me enorgullece decir que mi país encabeza los esfuerzos por lograr una economía con bajas emisiones de carbono. Las fuentes de energía limpia y renovable representan más del 40% de la cartera energética del Brasil, que es tres veces mayor que el promedio mundial. Estamos a la vanguardia en la energía hidroeléctrica y en la bioenergía. El Brasil se enorgullece de tener la mayor cubierta forestal tropical del mundo. La deforestación es

motivo de preocupación, especialmente en la Amazonia. Hemos venido resaltando esta cuestión y dedicándole recursos. Son buenas noticias que en los datos recopilados del año pasado se observa una reducción de más del 20% en la deforestación de la región amazónica. Estamos en el camino correcto, y por ese camino debemos seguir.

Otro elemento clave del desarrollo es el comercio. Estamos decididos a trabajar en pro de un sistema de comercio internacional abierto y basado en normas, con la Organización Mundial del Comercio, cuyo mecanismo de solución de controversias ocupa un lugar central. En la próxima Conferencia Ministerial de la Organización Mundial del Comercio, que se celebrará en Buenos Aires en diciembre, tendremos que enfrentar nuevamente cuestiones de larga data, que han demostrado ser perjudiciales principalmente para los países en desarrollo. Tendremos que avanzar en el acceso al mercado de productos agrícolas y en la eliminación de los subsidios agrícolas que distorsionan el comercio. Consideramos que, en forma conjunta, podremos lograr resultados concretos. Todos estos esfuerzos contribuyen a la consecución de nuestro principal objetivo: asegurar oportunidades para todos, en todas partes.

Mañana tendré el honor de firmar el Tratado sobre la Prohibición de las Armas Nucleares. El Brasil fue uno de los redactores del Tratado. Este será un momento histórico. Reiteramos nuestro llamamiento para que las Potencias nucleares asuman obligaciones adicionales en materia de desarme. En este sentido, el Brasil se expresa con la autoridad de un país que, si bien domina la tecnología nuclear, ha renunciado voluntariamente a la posesión de armas nucleares. El Brasil se expresa con la autoridad de un país en cuya propia Constitución se prohíbe la utilización de la tecnología nuclear para fines no pacíficos; un país que estuvo en el origen del Tratado de Tlatelolco, por el que hace medio siglo se estableció la desnuclearización de América Latina y el Caribe; un país que, junto con sus vecinos sudamericanos y africanos, ha convertido al Atlántico Sur en una zona libre de armas nucleares; por último, un país que, junto con la Argentina, creó un mecanismo binacional de salvaguardias nucleares, que se ha convertido en un punto de referencia para el mundo en general.

Si bien acogemos con satisfacción el logro que representa el Tratado sobre la Prohibición de las Armas Nucleares, debemos reconocer que hay cuestiones en el programa de paz y seguridad que siguen siendo motivo de grave preocupación. Los recientes ensayos nucleares y de misiles en la península de Corea constituyen una seria amenaza a la que ninguno de nosotros puede

ser indiferente. El Brasil condena esos actos en los términos más enérgicos posibles. Debemos buscar urgentemente una solución pacífica para la situación actual, cuyas consecuencias son inimaginables.

En el Oriente Medio, las conversaciones entre Israel y Palestina siguen estancadas. Como amigo tanto de los palestinos como de los israelíes, el Brasil sigue apoyando la solución de dos Estados que vivan el uno junto al otro en paz y con seguridad, dentro de fronteras reconocidas internacionalmente y convenidas de común acuerdo.

En Siria, a pesar de la reducción de las tensiones en los últimos meses, seguimos siendo testigos de un conflicto con trágicas consecuencias humanitarias. La solución que se debe buscar en Siria es de carácter esencialmente político y no se puede posponer más. Del mismo modo, en el Afganistán, Libia, el Yemen, Malí y la República Centroafricana, las guerras han causado sufrimientos intolerables que se extienden más allá de las fronteras.

Visitemos los campamentos de refugiados y desplazados en el Iraq, Jordania, el Líbano y Kenya. Escuchemos las historias de los que han perdido a padres, madres, hijos e hijas. Estas familias se han visto asoladas por la irracionalidad de conflictos que parecen no tener límites, conflictos que causan violaciones del derecho humanitario con una frecuencia inaceptable.

Nuestro Secretario General tiene razón. Debemos revitalizar los mecanismos de prevención de conflictos. La prevención está vinculada a la diplomacia. La prevención está vinculada al desarrollo.

Es fundamental reconocer el nexo que existe entre la seguridad y el desarrollo. Este reconocimiento ha guiado la participación del Brasil en la Misión de Estabilización de las Naciones Unidas en Haití (MINUSTAH). Al concluir la MINUSTAH su mandato, la comunidad internacional debe mantener su compromiso con el pueblo haitiano. El Brasil, sin duda, lo hará.

En América del Sur, Colombia está poniendo fin a más de 50 años de conflicto. El Brasil seguirá siendo un asociado decidido en este esfuerzo.

De Barcelona a Kabul, de Alejandría a Manchester, reiteradas manifestaciones de cobardes actos de violencia no nos dejan olvidar el flagelo del terrorismo. Este mal se alimenta del fundamentalismo y la exclusión, y ningún país es inmune a él. La unidad es fundamental, sobre todo teniendo en cuenta la capacidad del terrorismo para adaptarse a nuevas eras y entornos. No nos asustará el terror, ni le permitiremos que debilite nuestra creencia en la libertad y la tolerancia.

En muchos de nuestros países, la delincuencia transnacional también socava la seguridad y la tranquilidad de las personas y las familias. Solo mediante la coordinación y la colaboración podremos luchar efectivamente contra la trata de personas, el tráfico de armas y estupefacientes, y el blanqueo de dinero. Fue con este espíritu que el Brasil organizó, en noviembre de 2016, una reunión ministerial de países sudamericanos sobre la seguridad fronteriza, y es en este espíritu que seguiremos cooperando con los países de todo el mundo para hacer frente a la delincuencia organizada.

Lamentablemente, las violaciones de los derechos humanos siguen siendo frecuentes en todo el mundo, tanto las violaciones de los derechos civiles y políticos como de los derechos económicos, sociales y culturales. Debemos velar por que todas las personas en todas partes puedan vivir con dignidad, de acuerdo con sus convicciones y opciones.

El Brasil es un país de libertades profundamente arraigadas, que fue construido y aún se está construyendo sobre los cimientos de la diversidad: la diversidad de etnias, culturas, credos y pensamientos. Sobre todo, es de esta diversidad que extraemos nuestra fuerza como nación. Rechazamos el racismo, la xenofobia y todas las demás formas de discriminación. Somos parte en los principales tratados internacionales de derechos humanos y somos miembros de la Corte Interamericana de Derechos Humanos y de la Corte Penal Internacional. Hemos extendido una invitación permanente a los relatores especiales de las Naciones Unidas.

Hoy tenemos una de las leyes más modernas del mundo relativas a los refugiados. Acabamos de actualizar nuestra ley de inmigración, guiados por el principio de la acogida humanitaria. Hemos concedido visados humanitarios a ciudadanos haitianos y sirios y hemos acogido a miles de inmigrantes y refugiados de Venezuela.

La situación de los derechos humanos en Venezuela continúa deteriorándose. Estamos junto al pueblo venezolano, con el que compartimos un vínculo fraternal. En América del Sur, ya no hay espacio para alternativas a la democracia. Esto es lo que hemos declarado en el MERCOSUR y lo que seguiremos defendiendo.

El Brasil está atravesando un momento de transformación decisivo. Con las reformas estructurales, estamos superando una crisis económica sin precedentes. Estamos recuperando nuestro equilibrio fiscal y, con esto, la credibilidad de nuestra economía. Estamos creando empleos nuevamente. Estamos recuperando la capacidad del Estado para implementar las políticas

sociales que son indispensables para un país como el nuestro. Hemos aprendido esta norma elemental y la estamos aplicando en la práctica: sin responsabilidad fiscal, la responsabilidad social no es más que palabras vacías. El nuevo Brasil que está surgiendo de estas reformas es un país más abierto al mundo.

Esa es la actitud de apertura que traemos a las Naciones Unidas y la que llevamos al MERCOSUR; al Grupo de los 20; al grupo de países integrado por el Brasil, la Federación de Rusia, la India, China y Sudáfrica; y a todos los foros en los que participamos. Hemos adoptado una actitud de apertura hacia cada uno de nuestros asociados en nuestra región y más allá.

América del Sur es nuestro vecino inmediato. Por ese motivo, hemos trabajado por una América del Sur próspera y democrática. Hemos trabajado en pro de una convergencia creciente de los procesos de integración en América Latina y el Caribe. Al respecto, un ejemplo significativo son los vínculos más estrechos que existen en la actualidad entre el Mercado Común del Sur y la Alianza del Pacífico. En conjunto, los países de estos dos grupos constituyen un mercado de casi 470 millones de personas, lo que representa más del 90% del producto interno bruto de América Latina.

África, a su vez, es un continente al que nos unen sólidos lazos históricos y culturales. África es un continente donde deseamos aumentar tanto las iniciativas de cooperación como las alianzas para el desarrollo. En cuanto a Europa, hemos cultivado amistades de larga data y hemos trabajado para impulsar el comercio y las corrientes de inversión en el continente. Asimismo en Asia y el Pacífico, el centro más dinámico de la economía mundial, hemos intensificado nuestras relaciones con los asociados tradicionales y los nuevos. También hemos abierto nuevos frentes comerciales con Asia y el Pacífico.

Esta ha sido nuestra política exterior, una política exterior verdaderamente universalista. El hecho es que la Asamblea General es el más universal de todos los foros que tenemos y con que podemos contar. Aquí, todos podemos aprovechar la gama de perspectivas más amplia y pluralista. Aquí, encontramos los parámetros y las normas que rigen una coexistencia respetuosa. Además, aquí nuestras naciones se unirán más para alcanzar el máximo desarrollo de nuestros pueblos, la dignidad de nuestros ciudadanos y la seguridad de nuestro planeta.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, deseo dar las gracias al Presidente de la República Federativa del Brasil por el discurso que acaba de pronunciar.

El Presidente de la República Federativa del Brasil, Sr. Michel Temer, es acompañado al retirarse del Salón de la Asamblea General.

Discurso del Presidente de los Estados Unidos de América, Sr. Donald Trump

El Presidente (*habla en inglés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Presidente de los Estados Unidos de América.

El Presidente de los Estados Unidos, Sr. Donald Trump, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Presidente de los Estados Unidos de América, Excmo. Sr. Donald Trump, a quien invito a dirigirse a la Asamblea.

El Presidente Trump (*habla en inglés*): Doy la bienvenida a todos a Nueva York. Es un profundo honor comparecer ante ustedes aquí en mi ciudad natal como representante del pueblo estadounidense para dirigirme a los pueblos del mundo.

Ahora que millones de nuestros ciudadanos siguen padeciendo los efectos de los huracanes devastadores que han asolado a nuestro país, para comenzar, quiero expresar mi agradecimiento a todos los dirigentes presentes en el Salón, que han ofrecido asistencia y ayuda. El pueblo estadounidense es firme y resiliente, y saldrá de estas dificultades más decidido que nunca antes.

Afortunadamente, a los Estados Unidos de América les ha ido muy bien desde el día de las elecciones, el pasado 8 de noviembre. La bolsa alcanzó un máximo histórico. Alcanzó un índice sin precedente. El desempleo está a su nivel más bajo en 16 años, y debido a nuestras reformas regulatorias y de otra índole, hoy tenemos trabajando en los Estados Unidos a más personas que nunca antes. Las empresas se reactivan, generando un crecimiento del empleo con índices que no se habían visto en nuestro país desde hace mucho tiempo, y acaba de anunciarse que gastaremos casi 700.000 millones de dólares en nuestro sector militar y de la defensa. Nuestro ejército pronto será más fuerte que nunca.

Durante más de 70 años, en tiempos de guerra y de paz, los dirigentes de naciones, movimientos y religiones han comparecido ante la Asamblea. Al igual que ellos, tengo la intención de referirme a algunas de las amenazas muy graves que afrontamos hoy, pero también el enorme potencial que esperamos desencadenar.

Vivimos en una época de oportunidades extraordinarias. Los avances trascendentales en la ciencia, la tecnología y la medicina permiten curar enfermedades y resolver problemas que las generaciones anteriores consideraban insolubles.

No obstante, cada día también trae noticias de peligros crecientes que amenazan todo lo que valoramos y apreciamos. Los terroristas y los extremistas han cobrado fuerza y se han proliferado a todas las regiones del planeta. Los regímenes renegados representados en este órgano no solo apoyan a los terroristas, sino que amenazan a otras naciones y a su propio pueblo con las armas más destructivas que haya conocido la humanidad. Las Potencias autoritarias pretenden hacer colapsar los valores, los sistemas y las alianzas que han impedido el conflicto y movilizado al mundo hacia la libertad desde la Segunda Guerra Mundial. Las redes delictivas internacionales, el tráfico de drogas y armas y la trata de personas; el desplazamiento y la migración masiva forzosos; y amenazan nuestras fronteras. Las nuevas formas de agresión explotan la tecnología y constituyen una amenaza a nuestros ciudadanos.

Sencillamente, nos hemos reunido en un momento de inmensa promesa y gran peligro. Depende de nosotros si elevamos el mundo a nuevas alturas o lo dejamos caer en el valle de la destrucción. Está en nosotros, si así lo deseamos, sacar a millones de la pobreza, ayudar a los ciudadanos a realizar sus sueños y velar por que las nuevas generaciones de niños crezcan libres de la violencia, del odio y del temor.

Esta institución se fundó después de dos guerras mundiales para ayudar configurar un futuro mejor. Se basa en la visión de que las diversas naciones podrían cooperar para proteger su soberanía, preservar su seguridad y promover su prosperidad. En ese mismo período, exactamente hace 70 años, los Estados Unidos elaboraron el Plan Marshall para ayudar a restablecer Europa, en virtud de los tres hermosos pilares de la paz, la soberanía y la seguridad y la prosperidad. El Plan Marshall se basó en la noble idea de que el mundo entero es más seguro cuando las naciones son fuertes, independientes y libres. Como dijo el Presidente Truman en el mensaje que dirigió al Congreso en esa ocasión: “Nuestro apoyo a la recuperación europea está en plena consonancia con nuestro apoyo en favor de las Naciones Unidas”.

El éxito de las Naciones Unidas depende de la fortaleza independiente de sus Miembros. Para superar los peligros del presente y lograr la promesa del futuro, debemos comenzar con la sabiduría del pasado. Nuestro

éxito depende de una coalición de naciones firmes e independientes, que acojan su soberanía para promover la seguridad, la prosperidad y la paz para sí mismos y para el mundo.

No esperamos que los diversos países compartan las mismas culturas, tradiciones o incluso los mismos sistemas de Gobierno, pero esperamos que todas las naciones cumplan los dos deberes soberanos fundamentales, que son el respeto de los intereses de su propio pueblo y los derechos de todas las demás naciones soberanas. Esa es la hermosa visión de esta institución, y es la base de la cooperación y el éxito. Las naciones soberanas fuertes permiten que países diversos con distintos valores, distintas culturas y distintos sueños no solo coexistan, sino también colaboren una al lado de la otra sobre la base del respeto mutuo. Las naciones soberanas fuertes permiten que sus pueblos sean protagonistas de su futuro y controlen su propio destino. Las naciones soberanas fuertes permiten que las personas florezcan en la plenitud de la vida que Dios les ha concedido.

En los Estados Unidos, no intentamos imponer nuestro modo de vida a nadie, sino por el contrario permitimos que las personas brillen como ejemplo para que todos las puedan ver. Esta semana mi país tiene un motivo especial para enorgullecerse de ese ejemplo. Celebramos el 230 aniversario de nuestra querida Constitución, la Constitución más vieja que se sigue utilizando en el mundo hoy. Ese documento atemporal ha sido la base de la paz, la prosperidad y la libertad de los estadounidenses y de innumerables millones de personas en todo el mundo, cuyos propios países han encontrado inspiración en su respeto de la naturaleza humana, la dignidad humana y el estado de derecho. La parte más grandiosa de la Constitución de los Estados Unidos es donde figuran las tres primeras maravillosas palabras: “Nosotros, el pueblo”. Generaciones de estadounidenses han sacrificado la vida para mantener la promesa de esas palabras, la promesa de nuestro país y de nuestra gran historia. En los Estados Unidos, el pueblo gobierna, el pueblo manda, y el pueblo es soberano.

Fui elegido no para asumir el poder, sino para dar poder al pueblo estadounidense, a quien pertenece. En las relaciones exteriores, reiteramos ese principio fundacional de soberanía. La primera obligación de nuestro Gobierno es para con su pueblo, para con nuestros ciudadanos; satisfacer sus necesidades, garantizar su seguridad, preservar sus derechos y defender sus valores. Como Presidente de los Estados Unidos, siempre para mí los Estados Unidos estarán primero, del mismo modo que para los dirigentes de los países presentes siempre

estarán y deberían estar primero sus países. Todos los dirigentes responsables tienen la obligación de prestar servicios a sus propios ciudadanos, y el Estado-nación sigue siendo el mejor medio para elevar la condición humana. Sin embargo, para lograr una mejor vida para nuestros pueblos es necesario también que trabajemos de consuno en estrecha armonía y unidad para crear un futuro más seguro y pacífico para todas las personas. Los Estados Unidos siempre serán un gran amigo del mundo, y sobre todo de sus aliados, pero no podemos dejar que se sigan aprovechando de nosotros ni concertar acuerdos unilaterales en los que los Estados Unidos no reciban nada a cambio.

Mientras esté ocupando mi cargo, defenderé los intereses de los Estados Unidos por encima de todo, pero para cumplir con nuestras obligaciones con nuestras propias naciones, comprendemos también que obra en interés de todos buscar un futuro en el que todas las naciones puedan ser soberanas, prósperas y seguras. Los Estados Unidos defienden con hechos más que con palabras los valores expresados en la Carta de las Naciones Unidas. Nuestros ciudadanos han pagado el precio más alto por defender nuestra libertad y la libertad de muchas naciones representadas en este gran Salón. La abnegación de los Estados Unidos se mide en los campos de batalla donde nuestros jóvenes hombres y mujeres han luchado y han sacrificado la vida junto a nuestros aliados. Desde las playas de Europa, los desiertos en el Oriente Medio, hasta las selvas de Asia, el carácter estadounidense tiene el mérito eterno de que aun cuando nosotros y nuestros aliados hayamos salido victoriosos de la guerra más sangrienta de la historia, no buscamos la expansión territorial ni intentamos oponernos o imponer nuestro modo de vida a los demás. Por el contrario, ayudamos a construir instituciones como esta para defender la soberanía, la seguridad y la prosperidad de todos.

Para las diversas naciones del mundo, esta es nuestra esperanza. Queremos armonía y amistad, no conflictos ni guerras. Nos guiamos por resultados no por ideología. Tenemos una política de realismo de principios basada en nuestros objetivos, intereses y valores comunes. Ese realismo nos obliga a responder una interrogante que se plantea a todos los líderes y naciones en el Salón. Es una interrogante que no podemos eludir ni evitar ¿Seguiremos el camino de la complacencia, insensibles ante los desafíos, las amenazas y hasta las guerras que afrontamos, o tenemos la fuerza y el orgullo suficientes para hacer frente a esos peligros hoy a fin de que nuestros ciudadanos puedan disfrutar de paz y prosperidad mañana?

Si deseamos levantar a nuestros ciudadanos, si aspiramos a la aprobación de la historia, entonces debemos cumplir con nuestras obligaciones soberanas para con el pueblo que fielmente representamos. Debemos proteger nuestras naciones, sus intereses y su futuro. Debemos rechazar las amenazas a la soberanía, desde Ucrania hasta el Mar de China Meridional. Debemos defender el respeto del derecho, el respeto de las fronteras y el respeto de la cultura y la colaboración pacífica que ello permite. Además, de la misma manera que fue la intención de los fundadores de este órgano, debemos trabajar de consuno y juntos hacer frente a aquellos que nos amenazan con el caos, la agitación y el terror.

El flagelo de nuestro planeta hoy es un pequeño grupo de regímenes sin escrúpulos que violan todos los principios en los que se basan las Naciones Unidas. No respetan ni a sus propios ciudadanos ni los derechos soberanos de sus países. Si los justos, que son muchos, no enfrentan a los pocos perversos, entonces el mal triunfará. Cuando las personas decentes y las naciones se convierten en espectadores de la historia, las fuerzas de la destrucción solo adquieren más poder y fuerza.

Nadie ha demostrado más desprecio hacia otras naciones y hacia el bienestar de su propio pueblo que el régimen depravado de Corea del Norte. Es responsable de la muerte por hambre de millones de norcoreanos y por el encarcelamiento, la tortura, el asesinato y la opresión de numerosas personas más. Todos fuimos testigos del abuso mortal del régimen cuando un inocente estudiante universitario estadounidense, Otto Warmbier, regresó a los Estados Unidos solo para morir unos días después. Lo vimos en el asesinato a manos del hermano del dictador, quien utilizó agentes neurotóxicos prohibidos en un aeropuerto internacional. Sabemos que secuestró a una niña japonesa de 13 años de edad en una playa en su propio país para esclavizarla como tutora de idioma para los espías de Corea del Norte.

Como si eso no fuera lo suficientemente torcido, la irresponsable búsqueda de Corea del Norte de armas nucleares y misiles balísticos amenaza al mundo entero con una inconcebible pérdida de vidas humanas. Es indignante que algunas naciones no solo comercien con ese régimen, sino que armen, abastezcan y brinden apoyo financiero a un país que pone al mundo en peligro de un conflicto nuclear. No obra en interés de ninguna nación en la Tierra que esa banda de criminales se arme con armas y misiles nucleares. Los Estados Unidos tienen una gran fuerza y paciencia, pero si se ven obligados a defenderse o a defender a sus aliados, no tendrán otra alternativa que la de destruir totalmente a Corea del

Norte. El hombre cohete ha emprendido una misión suicida para él y para su régimen. Los Estados Unidos están listos, dispuestos y en condiciones de hacerlo, pero esperamos que no sea necesario. Precisamente de eso se tratan las Naciones Unidas. Para eso sirven las Naciones Unidas. Veamos cómo lo hacen.

Es hora de que Corea del Norte se dé cuenta de que la desnuclearización es el único futuro aceptable. El Consejo de Seguridad celebró recientemente dos votaciones unánimes, con 15 votos a favor contra ninguno, por las que se aprobaron resoluciones contundentes contra la República Popular Democrática de Corea. Quisiera dar las gracias a China y a Rusia por sumarse a la votación para imponer sanciones, al igual que a todos los demás miembros del Consejo de Seguridad. Doy las gracias a todos los que han participado, pero tenemos que hacer mucho más. Ha llegado el momento de que todas las naciones trabajen de consuno para aislar al régimen de Kim hasta que cese su comportamiento hostil.

Afrontamos esa decisión no solo en Corea del Norte. Ha transcurrido mucho tiempo para que los países del mundo tengan que enfrentar a otro régimen irresponsable —que habla abiertamente de asesinato en masa, prometiendo la muerte de América, la destrucción de Israel y la perdición a numerosos dirigentes y países que hoy están representados en el Salón. El Gobierno del Irán oculta una dictadura corrupta detrás de la falsa apariencia de una democracia. Ha convertido un país rico, con una rica historia y cultura, en un Estado renegado, económicamente empobrecido, cuyas exportaciones principales son la violencia, el derramamiento de sangre y el caos. Las víctimas de los dirigentes del Irán que durante más tiempo han sufrido son, en realidad, su propio pueblo. En lugar de utilizar sus recursos para mejorar la vida de los iraníes, los beneficios del petróleo iraní son destinados a financiar a Hizbullah y a otros terroristas que matan a musulmanes inocentes y atacan a sus vecinos árabes e israelíes pacíficos.

Esa riqueza, que pertenece con justicia al pueblo del Irán, también se utiliza para apuntalar la dictadura de Bashar Al-Assad, alimentar la guerra civil en el Yemen y socavar la paz en todo el Oriente Medio. No podemos dejar que un régimen asesino prosiga esas actividades desestabilizadoras, a la vez que construye misiles peligrosos. Y tampoco podemos respetar un acuerdo que proporciona cobertura para la construcción final de un programa nuclear.

El acuerdo con el Irán ha sido una de las peores y más sesgadas transacciones que los Estados Unidos

hayan concertado jamás. Sinceramente, ese acuerdo es una vergüenza para los Estados Unidos, y no creo que la Asamblea haya escuchado la última palabra sobre ese tema, créanme. Es hora de que el mundo entero se nos una para exigir que el Gobierno del Irán ponga fin a su búsqueda de muerte y destrucción. Ha llegado el momento de que el régimen libere a todos los estadounidenses y a los ciudadanos de otras naciones, a los que se ha detenido injustamente. Por encima de todo, el Irán debe dejar de apoyar a los terroristas, comenzar a servir a su propio pueblo y respetar los derechos soberanos de sus vecinos.

Todo el mundo comprende que el buen pueblo del Irán desea un cambio y que, aparte del gran poderío militar de los Estados Unidos, a lo que sus dirigentes más temen es al propio pueblo del Irán. Es por ello que el régimen restringe el acceso a Internet, derriba antenas parabólicas, dispara contra estudiantes desarmados y encarcela a reformistas políticos. Los regímenes opresivos no pueden durar para siempre, y llegará el día en que el pueblo deba escoger. ¿Continuará por el camino de la pobreza, el derramamiento de sangre y el terror, o volverá el pueblo iraní a las raíces orgullosas de su nación como centro de la civilización, cultura y riqueza, donde las personas puedan ser felices y prósperas otra vez?

El apoyo del régimen iraní al terror contrasta fuertemente con los recientes compromisos de muchos de sus vecinos de luchar contra el terrorismo y poner fin a su financiación. En la Arabia Saudita, a comienzos del año pasado, tuve el gran honor de dirigirme a los mandatarios de más de 50 naciones árabes y musulmanas. Estamos de acuerdo en que todas las naciones responsables deben trabajar de consuno para hacer frente a los terroristas y el extremismo islámico que los inspira. Pondremos fin al terrorismo islámico radical, porque no podemos permitir que desgarre nuestra nación y, de hecho, que desgarre el mundo entero.

Debemos negar a los terroristas refugio, transporte, financiación y toda forma de apoyo a su ideología vil y siniestra. Debemos expulsarlos de nuestros países. Ha llegado el momento de denunciar y hacer que rindan cuentas los países que apoyan y financian a los grupos terroristas, como Al-Qaida, Hizbullah, los talibanes y otros que matan a personas inocentes. Los Estados Unidos y sus aliados están trabajando de consuno en todo el Oriente Medio para aplastar a terroristas perdedores y detener el resurgimiento de los refugios que utilizan para lanzar ataques contra todo nuestro pueblo.

El mes pasado anuncié una nueva estrategia para obtener la victoria en la lucha contra ese flagelo en el

Afganistán. A partir de ahora, nuestros intereses de seguridad —no los criterios y calendarios arbitrarios que establecen los políticos— determinarán la duración y el alcance de las operaciones militares. También he cambiado totalmente las reglas de enfrentamiento en nuestra lucha contra los talibanes y otros grupos terroristas. En Siria y el Iraq hemos logrado grandes avances hacia la derrota definitiva del Estado Islámico en el Iraq y el Levante (EIIL). De hecho, nuestro país ha logrado más contra el EIIL en los últimos ocho meses que en muchos años juntos.

Buscamos la distensión del conflicto sirio y una solución política que satisfaga la voluntad del pueblo sirio. Los actos del régimen criminal de Bashar Al-Assad, como el uso de armas químicas contra sus propios ciudadanos, incluso contra niños inocentes, sacuden la conciencia de toda persona decente. Ninguna sociedad puede estar segura si se permite que se propaguen las armas químicas prohibidas. Por ello, los Estados Unidos llevaron a cabo un ataque con misiles sobre la base aérea desde donde se lanzó el ataque. Valoramos los esfuerzos de los organismos de las Naciones Unidas que están prestando asistencia humanitaria vital en las zonas liberadas del EIIL. Agradecemos especialmente a Jordania, Turquía y el Líbano por su función al dar acogida a los refugiados del conflicto sirio.

Los Estados Unidos son una nación compasiva que ha gastado miles y miles de millones de dólares para contribuir a apoyar ese esfuerzo. Buscamos un enfoque respecto del reasentamiento de refugiados que tenga por objeto ayudar a las personas tratadas horriblemente y permitir su regreso definitivo a sus países de origen, para que formen parte del proceso de reconstrucción. Con lo que cuesta reasentar a un refugiado en los Estados Unidos podemos ayudar a más de diez en su región de origen. Debido a la bondad de nuestros corazones ofrecemos asistencia financiera a los países de acogida en la región y apoyamos los acuerdos recientes del Grupo de 20 naciones que tratarán de acoger a los refugiados lo más cerca posible de sus países de origen.

Ese es el enfoque humanitario seguro, responsable y humanitario. Durante decenios, los Estados Unidos han hecho frente a problemas de migración en el hemisferio occidental. Hemos aprendido que, a largo plazo, la migración incontrolada es profundamente injusta tanto para los países de origen como para los países receptores. Para los países de origen, reduce la presión interna de realizar las reformas políticas y económicas necesarias y los dreña del capital humano necesario para motivar y aplicar esas reformas. En los países de acogida, los ingentes costos de la migración incontrolada son

sufragados, en su mayor parte, por los ciudadanos de bajos ingresos, cuyas preocupaciones suelen ser ignoradas por los medios de comunicación y el Gobierno.

Quisiera encomiar la labor realizada por las Naciones Unidas para tratar de abordar los problemas que llevan a las personas a huir de sus hogares. Las misiones de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas y de la Unión Africana han realizado contribuciones inestimables para la estabilización de los conflictos en África.

Los Estados Unidos siguen liderando el mundo en términos de asistencia humanitaria, incluidas la prevención de la hambruna y la asistencia prestadas en Sudán del Sur, Somalia, la parte septentrional de Nigeria y el Yemen. Hemos invertido en mejorar la salud y las oportunidades en todo el mundo mediante programas como el Plan de Emergencia del Presidente de los Estados Unidos para Luchar contra el SIDA, la Iniciativa del Presidente de los Estados Unidos sobre el Paludismo, la Agenda de Seguridad Sanitaria Mundial, el Fondo Mundial para Eliminar la Esclavitud Moderna y la Iniciativa de Financiamiento para Mujeres Emprendedoras, que forma parte de nuestro compromiso en pro del empoderamiento de las mujeres en todo el mundo.

También damos las gracias al Secretario General por reconocer que, para que las Naciones Unidas sean realmente un asociado eficaz a la hora de hacer frente a las amenazas a la soberanía, la seguridad y la prosperidad, deben reformarse. Con demasiada frecuencia, la Organización no se ha centrado en los resultados sino en la burocracia y los procesos. En algunos casos, los Estados que intentan socavar los nobles objetivos de esta Organización se han apropiado de los sistemas precisamente destinados a lograr dichos objetivos. Por ejemplo, para las Naciones Unidas es una enorme fuente de vergüenza que algunos Gobiernos que cuentan con un historial atroz en materia de derechos humanos formen parte del Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas.

Los Estados Unidos son uno de los 193 Estados Miembros de las Naciones Unidas y, sin embargo, sufragan el 22% de su presupuesto total, entre otras cosas. De hecho, pagamos mucho más de lo que se cree. Los Estados Unidos asumen una carga financiera injusta, aunque, para ser sinceros, si las Naciones Unidas pudieran lograr todos los objetivos que se proponen, especialmente la consecución de la paz, esta inversión merecería sin duda la pena.

Grandes partes del mundo están en conflicto y algunas, de hecho, están viviendo un infierno pero, bajo los auspicios de las Naciones Unidas y con su orientación,

las personas poderosas presentes en este Salón pueden resolver muchos de esos problemas atroces y complejos. El pueblo estadounidense espera que un día no muy lejano las Naciones Unidas puedan promover la dignidad humana y la libertad en todo el mundo con mucha más responsabilidad y eficacia. Por otro lado, consideramos que ninguna nación debería soportar una parte desproporcionada de la carga, ya sea desde el punto de vista militar o financiero.

Las naciones del mundo deben asumir un papel más importante en la promoción de sociedades seguras y prósperas en sus propias regiones. Por ello, en el hemisferio occidental, los Estados Unidos se han opuesto al régimen corrupto y desestabilizador de Cuba y han defendido el sueño eterno del pueblo cubano de vivir en libertad. Mi Gobierno anunció recientemente que no levantaremos las sanciones al Gobierno cubano hasta que no lleve a cabo reformas fundamentales.

También hemos impuesto sanciones severas y calculadas al régimen socialista de Maduro en Venezuela, que ha llevado a una nación antaño floreciente al borde del colapso total. La dictadura socialista de Nicolás Maduro Moros ha infligido un dolor y un sufrimiento terribles a las buenas gentes de ese país. Ese régimen corrupto ha destruido una nación próspera imponiendo una ideología errónea que ha generado pobreza y sufrimiento dondequiera que haya sido aplicada. Para empeorar las cosas, Maduro ha desafiado a su propio pueblo, despojando de poder a los representantes designados por elección a fin de preservar su deplorable dominio.

El pueblo venezolano se está muriendo de hambre y el país se está desmoronando. Se están destruyendo sus instituciones democráticas. Esta situación es totalmente inaceptable y no podemos simplemente quedarnos observándolo de brazos cruzados. Como país vecino responsable y amigo, los Estados Unidos, junto con otros países, tenemos un objetivo: ayudarlo a restituir su libertad, a recuperar su país y a restablecer su democracia.

Quisiera dar las gracias a aquellos dirigentes presentes en este Salón que han condenado ese régimen y proporcionado un apoyo vital a la población venezolana. Los Estados Unidos han adoptado medidas importantes para exigir responsabilidades a ese régimen. Estamos dispuestos a adoptar nuevas medidas si el Gobierno de Venezuela sigue optando por imponer un régimen autoritario al pueblo venezolano.

Tenemos la suerte de mantener relaciones comerciales increíblemente sólidas y saludables con muchos de los países de América Latina reunidos hoy aquí.

Nuestro vínculo económico constituye una base esencial para la promoción de la paz y la prosperidad de todas nuestras gentes y las de nuestros vecinos. Pido a todos los países representados aquí en el día de hoy que se esfuercen más en abordar esta crisis, que es muy real. Instamos al pleno restablecimiento de la democracia y de las libertades políticas en Venezuela.

El problema en Venezuela no es que el socialismo haya sido aplicado deficientemente, sino que el socialismo ha sido aplicado fielmente. De la Unión Soviética a Cuba, pasando por Venezuela, dondequiera que se haya aplicado, el verdadero socialismo o comunismo ha traído consigo sufrimiento, desolación y fracaso. Aquellos que predicán los principios de esas ideologías desacreditadas solo contribuyen a que continúe el sufrimiento de la población que vive subyugada a esos sistemas crueles. Los Estados Unidos están del lado de todas las personas que viven sometidas a un régimen inhumano. Nuestro respeto por la soberanía es también un llamamiento a la acción.

Todos los pueblos se merecen un Gobierno que se preocupe por su seguridad, sus intereses y su bienestar, incluida su prosperidad. En los Estados Unidos procuramos reforzar nuestros lazos empresariales y comerciales con todas las naciones de buena voluntad, pero ese comercio debe ser justo y recíproco. Durante demasiado tiempo se le dijo al pueblo de los Estados Unidos que los acuerdos comerciales multinacionales descomunales, los tribunales internacionales que no rinden cuentas y las burocracias mundiales poderosas eran la mejor manera de promover su éxito. Sin embargo, a medida que se multiplicaban esas promesas, se perdían millones de puestos de trabajo y desaparecían miles de fábricas. Otras personas se aprovecharon del sistema e incumplieron las reglas, y nuestra gran clase media, que en su momento fue la base de la prosperidad estadounidense, quedó olvidada y abandonada. Sin embargo, ahora ya no la olvidamos, y nunca más lo haremos.

Si bien los Estados Unidos proseguirán la cooperación y el comercio con otras naciones, estamos renovando nuestro compromiso con el primer deber de todo Gobierno: el deber para con nuestros ciudadanos. Esta obligación es la fuente de la fortaleza de los Estados Unidos y de toda nación responsable representada hoy aquí. La esperanza de esta Organización de abordar con éxito los retos que enfrentamos depende, como dijo el Presidente Truman hace aproximadamente 70 años, de la fortaleza individual de sus Miembros. Para aprovechar las oportunidades del futuro y superar juntos los peligros actuales, no hay nada mejor que las naciones fuertes, soberanas e independientes, las naciones que estén arraigadas en su

historia y hayan forjado sus propios destinos; las naciones que busquen aliados que las acompañen, no enemigos que derrotar; y, lo que es más importante, las naciones que cuenten con patriotas, con hombres y mujeres dispuestos a sacrificarse por su país, por sus conciudadanos y por todo lo que hay de bueno en el espíritu humano.

Al recordar la gran victoria que condujo a la fundación de esta Organización, nunca debemos olvidar que los héroes que lucharon contra la maldad también lucharon por las naciones que amaban. El patriotismo llevó a los polacos a morir para salvar a Polonia, a los franceses a luchar por la libertad de Francia y a los británicos a defender con firmeza el Reino Unido. Si hoy no nos consagramos de corazón y de pensamiento a nuestras naciones, si no fomentamos para nuestro propio bien familias sólidas, comunidades seguras y sociedades sanas, nadie puede hacerlo por nosotros. No podemos esperar por otros, por países lejanos o por burocracias distantes. No podemos hacerlo.

Debemos resolver nuestros problemas para impulsar nuestra prosperidad y garantizar nuestro futuro, de lo contrario seremos vulnerables a la decadencia, la dominación y la derrota. En nuestros días, la verdadera pregunta para las Naciones Unidas, para los pueblos de todo el mundo que aspiran a una vida mejor para ellos y para sus hijos es una pregunta elemental: ¿seguimos siendo patriotas? ¿Amamos lo suficiente a nuestras naciones para proteger su soberanía y hacernos cargo de su futuro? ¿Veneramos lo suficiente a nuestras naciones como para defender sus intereses, preservar sus culturas y garantizar un mundo pacífico para sus ciudadanos?

Uno de los más grandes patriotas estadounidenses, John Adams, escribió que la Revolución estadounidense ocurrió antes de que comenzara la guerra. La Revolución ocurrió en el pensar y el sentir del pueblo. Ese fue el momento en que los Estados Unidos de América despertamos, el momento en que miramos a nuestro alrededor y entendimos que éramos una nación. Nos dimos cuenta de quiénes éramos, de qué era lo que valorábamos y de qué era aquello por lo que estábamos dispuestos a dar la vida. Desde su mismo comienzo, la historia de los Estados Unidos de América ha sido la historia de lo que se puede lograr cuando un pueblo se hace cargo de su propio futuro. Los Estados Unidos de América han sido una de las principales fuerzas del bien en la historia del mundo y los mayores defensores de la soberanía, la seguridad y la prosperidad de todos.

Ahora abogamos por un gran despertar de las naciones, un renacimiento de sus espíritus, su orgullo, sus

pueblos y su patriotismo. La historia nos pregunta si estamos a la altura de la tarea. Nuestra respuesta será una renovación de la voluntad, un redescubrimiento de la determinación y un renacimiento de la entrega. Debemos derrotar a los enemigos de la humanidad y aprovechar el potencial de la vida misma. Nuestra esperanza es una palabra y un mundo de naciones orgullosas e independientes que cumplan sus deberes, apuesten por la amistad, respeten a los demás y hagan causa común en aras del mayor interés de todos, por un futuro de dignidad y paz para los habitantes de este maravilloso planeta. Esta es la verdadera visión de las Naciones Unidas, el antiguo deseo de todos los pueblos y el profundo anhelo que vive en toda alma sagrada.

Que sean pues esta nuestra misión y este nuestro mensaje al mundo: lucharemos unidos, nos sacrificaremos unidos y permaneceremos unidos por la paz, la libertad, la justicia, la familia, la humanidad y el Dios Todopoderoso que nos creó a todos.

Que Dios bendiga a las naciones del mundo y que Dios bendiga a los Estados Unidos de América.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, deseo dar las gracias al Presidente de los Estados Unidos de América por el discurso que acaba de pronunciar.

El Presidente de los Estados Unidos de América, Sr. Donald Trump, es acompañado al retirarse del Salón de la Asamblea General.

Se suspende la sesión a las 10.45 horas y se reanuda a las 10.50 horas.

Discurso del Presidente de la República de Guinea, Sr. Alpha Condé

El Presidente (*habla en inglés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Presidente de la República de Guinea.

El Presidente de la República de Guinea, Sr. Alpha Condé, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Presidente de la República de Guinea, Excmo. Sr. Alpha Condé, a quien invito a dirigirse a la Asamblea.

El Presidente Condé (*habla en francés*): Es un gran honor para mí, como Presidente en ejercicio de la Unión Africana, hacer uso de la palabra en este crisol del

multilateralismo para dirigirme a la Asamblea, reunida en torno al tema “Centrados en las personas: por la paz y una vida decente para todos en un planeta sostenible”. Se trata de un tema de especial relevancia para el continente.

Ante todo, Sr. Presidente, quisiera expresarle mis más sinceras felicitaciones por su elección como Presidente de la Asamblea General en su septuagésimo segundo período de sesiones. No tengo dudas respecto al dinamismo que imprimirá en nuestra labor a fin de reforzar la acción de su predecesor, Sr. Peter Thomson, a quien rendimos homenaje por haber hecho de África su prioridad, dando así un impulso notable a la aplicación de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible.

África, antes subyugada, doblegada, voluntariamente maleable y marginada, se ha despertado. Se ha alzado para luchar por el desarrollo sostenible, la justicia y la buena gobernanza. Hoy más que nunca, África está decidida a tomar las riendas de su destino con la fuerte determinación de ser la protagonista principal de su desarrollo y de desempeñar plenamente su papel en la gestión de los asuntos internacionales.

Sin duda, la tarea no será fácil, pero tenemos fe, porque poseemos el potencial y los activos necesarios para levantar a nuestro continente para situarlo en el rango de los más grandes en la escena internacional. Desde esa perspectiva, África tiende una mano sincera y amistosa a todos los asociados de buena voluntad, consciente de que solo hay felicidad verdadera cuando se comparte; solo hay riqueza cuando se distribuye equitativamente; solo existe una asociación viable y solidaria cuando es entre iguales; solo hay una paz verdadera cuando es inclusiva; solo hay un desarrollo sostenible cuando se respeta y consolida la dignidad de los pueblos.

La interdependencia de los desafíos que enfrenta la humanidad impone un cambio de paradigma en nuestras percepciones y acciones, en particular en lo que respecta a África, cuyas prioridades se deben abordar no por empatía, sino por pragmatismo, pues en el mundo actual ya no hay ningún destino aislado. Las corrientes masivas de refugiados, las migraciones a gran escala, los desastres naturales y las grandes pandemias que hoy apelan a nuestra conciencia colectiva son la triste ilustración de esta realidad. Este nuevo enfoque debería poner más énfasis en el ser humano y la restauración de su dignidad, si queremos erradicar la pobreza y alcanzar los objetivos de la Agenda 2030 y la Agenda 2063 de la Unión Africana. La aprobación de la Agenda 2030 a nivel internacional y la Agenda 2063 a nivel regional constituye un gran avance en nuestra

lucha contra la pobreza, siempre y cuando respetemos nuestros compromisos.

El retraso de África no es inevitable. En el último decenio África ha sido el continente más dinámico. Según las previsiones del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, este crecimiento continuará a pesar de la caída de los precios de las materias primas que se fijan fuera del continente, de las cuales nuestras economías siguen siendo muy dependientes. Frente a esa situación, debemos diversificar nuestras economías y aumentar su resiliencia aumentando la inversión en los sectores que tienen un verdadero potencial de crecimiento sostenible, como la agricultura, la infraestructura, las tecnologías de la información y las comunicaciones y la energía.

La industrialización y la transformación estructural a las que África aspira dependerán no solo de nuestro acceso a la energía sino, sobre todo, de la integración económica del continente mediante la aplicación efectiva de la zona continental de libre comercio, que es el prelude de un mercado común africano. Los africanos anhelan la prosperidad, adoptada por los jóvenes, y que están abordando de manera enérgica los dirigentes africanos, quienes han decidido dedicar a los jóvenes el tema de la Unión Africana para 2017 y proclamar 2018-2027 el Decenio Africano para la formación técnica, profesional y empresarial y el empleo de los jóvenes.

La Unión Africana ha velado por encontrar soluciones duraderas a los numerosos desafíos a los que se enfrentan los jóvenes con miras a hacer de ese sector de la sociedad, que representa el 70% de nuestra población, el verdadero motor del desarrollo de nuestro continente. Eso garantizará la estabilidad, la seguridad, la paz y el desarrollo armonioso y sostenible de nuestro planeta. Por lo tanto, no puedo dejar de promover una iniciativa africana que tenga por objeto la contratación, la capacitación y el despliegue de 2 millones de trabajadores comunitarios de atención de la salud en todo el continente. Insto a la comunidad internacional a apoyar esa iniciativa, que permitirá crear puestos de trabajo decentes, prevenir pandemias y garantizar el bienestar de nuestros pueblos.

África ha decidido asumir la responsabilidad por sí misma y hablar a partir de ahora con una sola voz a fin de encontrar soluciones duraderas a sus problemas. El nombramiento de los Jefes de Estado como defensores permite a la Unión Africana hablar con una sola voz sobre cuestiones cruciales. Hemos iniciado un proceso de reforma institucional para aumentar la eficacia de

nuestra Organización, racionalizar sus actividades y reafirmar su autonomía política, económica y financiera, lo que nos permite desempeñar un papel de liderazgo en la escena internacional.

La decisión de Kigali de imponer un gravamen del 0,2% sobre las importaciones elegibles para financiar la Unión Africana demuestra la determinación de África de asumir sus responsabilidades. En el mismo sentido, estamos decididos a erradicar los focos de tensión en África mediante la promoción del diálogo y la búsqueda de soluciones africanas. Instamos a la comunidad internacional a que centre sus actividades en ese sentido, en particular en Libia, la República Centroafricana, la República Democrática del Congo y Burundi, donde algunas iniciativas paralelas están dificultando el retorno a la estabilidad. África ya no debe quedar al margen de las decisiones que la afectan. Con ese fin, procurará establecer una estructura institucional internacional equipada para efectuar los cambios que nuestro pueblo espera justificadamente.

El Consejo de Seguridad, que tiene la responsabilidad primordial de mantener la paz y la seguridad mundiales, ya no refleja las realidades actuales. ¿Cómo es posible que África, la tercera potencia en términos de demografía en el mundo, no esté representada a un nivel adecuado en el Consejo de Seguridad, cuando el 70% de las cuestiones que se examinan afectan a África? Ha llegado el momento de reparar esa injusticia, que ha durado demasiado tiempo. Reiteramos la pertinencia de la Posición Común Africana que figura en el Consenso de Ezulwini. Hacemos un llamamiento a favor de la ampliación del Consejo de Seguridad en las dos categorías de miembros, con dos puestos permanentes y cinco puestos no permanentes para África, escogidos por la Unión Africana. Además, si el veto no se puede abolir, los nuevos miembros permanentes del Consejo de Seguridad deben gozar de las mismas prerrogativas y los mismos privilegios que los miembros actuales.

En lo que respecta a la gestión de las crisis y los conflictos en África, la Unión Africana promueve un enfoque regional. La asociación entre las Naciones Unidas y la Unión Africana debe ser parte de una dinámica para fomentar las capacidades de acción de las regiones, que pueden comprender mejor las causas profundas de las crisis y los conflictos y encontrarles soluciones adecuadas. Con ese fin, la resolución 2359 (2017) del Consejo de Seguridad, sobre el despliegue de la fuerza conjunta del Grupo de los Cinco del Sahel, constituye un hito importante en el camino hacia la consolidación de la alianza que buscamos respecto de las cuestiones

relacionadas con la paz y la seguridad en África. Reitero nuestro llamamiento en favor de la movilización efectiva de los recursos necesarios para poner en práctica esa fuerza.

La Unión Africana no escatimará esfuerzos para asumir su responsabilidad de contribuir con el 25% a la financiación de las operaciones de mantenimiento de la paz en África, de conformidad con lo dispuesto por el Consejo de Seguridad. En cuanto a la perspectiva de silenciar las armas para 2020, acogemos con beneplácito la visión del Secretario General António Guterres, quien coloca la búsqueda de la paz en el centro de su acción, haciendo especial hincapié en la diplomacia preventiva.

La Unión Africana está firmemente decidida a dar prioridad a la prevención, la mediación, la promoción del diálogo, la búsqueda de soluciones políticas pacíficas y a consolidación de la paz, que son menos costosas que las operaciones de mantenimiento de la paz, cuya eficacia plantea muchos interrogantes. Alentamos la iniciativa de reforma del Secretario General, Sr. Guterres, especialmente la reestructuración de la arquitectura de paz y seguridad, y recordamos que para que una reforma amplia de las Naciones Unidas sea viable y eficaz, debe incluir a todos los Estados Miembros, los cuales deben estar en condiciones de hacer sus contribuciones mediante los procesos intergubernamentales concretos.

En lo que respecta al terrorismo y a la violencia extrema, la Unión Africana condena firmemente los actos de barbarie que han afectado a Malí, Burkina Faso, el Níger, Nigeria, el Reino Unido, España, Francia y el Irán, y reitera su más sentido pésame y su solidaridad a los Gobiernos y a las personas afectadas por esos crímenes atroces. La Unión Africana considera que solo mediante una mayor cooperación internacional, especialmente en lo que respecta al intercambio de información e inteligencia, podremos combatir ese flagelo y frenar sus fuentes de financiación. Huelga decir que nuestros objetivos podrán alcanzarse plenamente si se despliegan más esfuerzos para erradicar la pobreza, la exclusión y la radicalización. Podemos derrotar el terrorismo de una vez por todas poniendo fin a la pobreza, ya que florece en ese clima. Por lo tanto, África debe gestionar su energía y desarrollar su infraestructura a fin de garantizar el desarrollo inclusivo.

¿Cómo podemos permanecer callados ante los tormentos diarios del pueblo palestino, víctimas de la ocupación? La Unión Africana reitera su apoyo inquebrantable al sufrido pueblo de Palestina en su lucha legítima para reafirmar su derecho inalienable a la independencia.

África sigue convencida de que toda solución viable y duradera para el conflicto israelo-palestino entraña necesariamente la creación de dos Estados que vivan uno junto al otro con seguridad, dentro de fronteras seguras e internacionalmente reconocidas, sobre la base de las fronteras anteriores a 1967.

También seguimos muy preocupados por la situación en la península de Corea, y exhortamos a todas las partes a que actúen con moderación. Reafirmamos nuestro compromiso respecto de la desnuclearización total de la península, en consonancia con el Tratado sobre la No Proliferación de las Armas Nucleares.

El siglo XXI será, sin duda, el momento en que los africanos tendrán una opinión decisiva y mayor. Existe un sentimiento cada vez más fuerte entre los dirigentes y los jóvenes africanos en el sentido de que ha llegado el momento de renovación. Las mujeres y los jóvenes africanos están decididos a escribir una nueva página en la historia de la humanidad. Démosles la oportunidad o lo harán ellos mismos. Juntos creemos una globalización más humana y positiva. Hagamos de nuestro planeta un lugar más seguro, y conservémoslo. En ese sentido, la Agenda 2030, el Plan de Acción de Addis Abeba y el Acuerdo de París sobre el Cambio Climático ofrecen un marco de referencia. Luchemos para aplicarlos con eficacia.

No puedo concluir sin lanzar un llamamiento urgente a la comunidad internacional a que preste una mayor asistencia a Sierra Leona, afectada por uno de los peores desastres naturales de su historia. Una vez más, ofrecemos nuestra compasión y solidaridad con el pueblo y el Gobierno de ese país hermano.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, deseo dar las gracias al Presidente de la República de Guinea por el discurso que acaba de pronunciar.

El Presidente de la República de Guinea, Sr. Alpha Condé, es acompañado al retirarse del Salón de la Asamblea General.

El Presidente (*habla en inglés*): Antes de continuar, quisiera pedir a los representantes que hagan un esfuerzo por mantener el silencio en el Salón de la Asamblea General a fin de no interrumpir el procedimiento y por cortesía a otras delegaciones. Cuento con los presentes para que cooperen en el mantenimiento del orden y la tranquilidad en el Salón, en consonancia con la dignidad y el decoro exigidos a los miembros de la Asamblea General.

Discurso de la Presidenta de la Confederación Suiza, Sra. Doris Leuthard

El Presidente (*habla en inglés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso de la Presidenta de la Confederación Suiza.

La Presidenta de la Confederación Suiza, Sra. Doris Leuthard, es acompañada al Salón de la Asamblea General.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas a la Presidenta de la Confederación Suiza, Excma. Sra. Doris Leuthard, a quien invito a dirigirse a la Asamblea.

Sra. Leuthard (*habla en francés*): Deseo expresar mis sinceras condolencias al Gobierno y los ciudadanos de Dominica y la región del Caribe, que están sufriendo una gran destrucción causada por los huracanes. Suiza apoyará a la región.

Desde el año 2000, la humanidad ha logrado progresos notables en la lucha contra estos importantes flagelos: el hambre, la pobreza extrema y las dificultades para acceder a la educación. Sin embargo, el hambre sigue afectando a 800 millones de personas en el mundo, y un niño muere de malnutrición cada diez segundos. Otros desafíos incluyen el cambio climático, la desigualdad mundial, los conflictos y los desastres humanitarios, así como el desplazamiento forzoso y la migración. Ningún país, ningún agente en el escenario mundial está en condiciones de encontrar, por sí mismo, las respuestas a los retos de hoy. Son demasiado amplios. Son demasiado complejos. Trascienden las fronteras y conciernen a toda la comunidad internacional.

Por lo tanto, necesitamos un foro en el que podamos reunirnos. Necesitamos un foro en el que podamos desarrollar soluciones y supervisar su aplicación. Necesitamos un agente con la legitimidad necesaria para contribuir a la aplicación de esas soluciones sobre el terreno.

(*continúa en inglés*)

Quisiera recordar el Artículo 1 de la Carta de las Naciones Unidas, El propósito de las Naciones Unidas es mantener la paz y la seguridad internacionales, y con tal fin: tomar medidas colectivas eficaces para prevenir y eliminar amenazas a la paz. Colectivas y no individuales. Porque soy una patriota y porque definiendo, como Presidenta de Suiza, los intereses de mi país, necesitamos un sistema multilateral sólido. Necesitamos unas Naciones Unidas fuertes.

(continúa en francés)

En otras palabras, necesitamos a las Naciones Unidas, y necesitamos unas Naciones Unidas fuertes. El hecho de que debamos recordarlo es una señal que nos debería poner en estado de alerta. A fin de preservar y fortalecer la capacidad de las Naciones Unidas, debemos invertir incesantemente. Suiza participa activamente en ese sentido. La inversión en las cuestiones de fondo es una prioridad fundamental. Es importante que pongamos en el centro de las actividades de las Naciones Unidas las cuestiones que tendrán una importancia fundamental, tanto mañana como en la actualidad.

En ese sentido, los Estados Miembros de las Naciones Unidas han hecho importantes avances en los últimos años. Me refiero, por supuesto, de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible, el Acuerdo de París sobre el Cambio Climático y del deseo de transferir recursos de gestión después de los conflictos a la prevención, a fin de intensificar las actividades de consolidación de la paz. En esos ámbitos, es necesario avanzar en la consecución de los objetivos fijados. En ese sentido, la Agenda 2030 constituye un buen ejemplo. Su éxito se medirá por la pauta de su aplicación.

Se han dado pasos importantes también en el seno de las Naciones Unidas. Suiza celebra en particular las reformas del sistema de las Naciones Unidas que el Secretario General, Sr. Guterres, se esfuerza por lograr en las tres esferas de la paz y la seguridad, el desarrollo y la gestión.

Con respecto a la paz y la seguridad, Suiza apoya la prioridad que el Secretario General otorga a la prevención por una sencilla razón. Cuando surge un conflicto, el precio a pagar — humanitario, económico y financiero — es mucho mayor que el costo de las actividades de prevención. A fin de fortalecer la prevención de los conflictos, la promoción de los derechos humanos es fundamental. Suiza insta a todos los Estados a que apoyen el llamamiento del día 13 de junio, en el que se pide que los derechos humanos sean el núcleo de la prevención de los conflictos. El aumento de las capacidades de mediación es otro medio importante para prevenir los conflictos. Además, el Grupo Mundial de Alto Nivel sobre el Agua y la Paz, creado por iniciativa de Suiza, propuso ayer aquí, en Nueva York, medidas para prevenir mejor los conflictos relacionados con el agua. Las Naciones Unidas y las organizaciones regionales pueden desempeñar un papel importante en ese sentido.

Suiza está activamente comprometida con la no proliferación y la eliminación completa de las armas nucleares, el uso de las cuales tendría consecuencias

humanitarias catastróficas. Está convencida de que solo las negociaciones y un proceso diplomático conducirán a una solución de la situación de la seguridad que plantea la crisis nuclear en la península de Corea.

La confianza es otro aspecto importante. Para que un agente pueda adoptar medidas preventivas eficaces, se debe confiar en este agente. Para las Naciones Unidas, ello significa que la calidad de la asociación establecida con el Estado de acogida en cuestión y su población es de suma importancia. La explotación sexual y el abuso sexual destruyen esa relación de confianza. Por ello, Suiza apoya al Secretario General en la lucha contra todas las formas de abuso sexual y explotación sexual cometidos por personal de las Naciones Unidas en el terreno. Como parte de su compromiso con esta cuestión, Suiza contribuirá al Fondo Fiduciario de Apoyo a las Víctimas de la Explotación y los Abusos Sexuales.

En relación con el sistema de las Naciones Unidas para el desarrollo, acogemos con beneplácito la propuesta de promover iniciativas conjuntas por las diversas entidades de la Organización.

Permítaseme mencionar dos ejemplos de esferas en las que nos enfrentamos a grandes desafíos: la migración y la tecnología digital.

A finales de 2016, el número de desplazados en todo el mundo había alcanzado un nivel sin precedentes desde la Segunda Guerra Mundial. La mayoría de ellos han sido desplazados en sus propios países. En Europa, por ejemplo, debemos tener éxito en la búsqueda de una solución basada en la solidaridad entre los países, y debemos estabilizar la situación política en Libia. Suiza trabaja para garantizar que el pacto mundial para una migración segura, ordenada y regular no solo aborde los problemas derivados de la migración internacional, sino también sus oportunidades. Aún nos queda un largo camino por recorrer. Todos los Estados deben participar en esos esfuerzos. Nos complace poder contribuir de manera concreta a su éxito, gracias al papel que desempeña nuestro Representante Permanente en Nueva York como cofacilitador del pacto mundial para una migración segura, ordenada y regular.

Otro reto actual es la introducción de la tecnología digital, que está transformando el mundo de manera drástica. Representa una gran oportunidad y, al mismo tiempo, un desafío que trasciende fronteras. Cuestiones tales como el acceso a Internet para todos, el efecto de la digitalización para el desarrollo sostenible o la ciberseguridad son temas que debemos abordar conjuntamente. El 12º Foro para la Gobernanza de Internet, que Suiza acogerá

en Ginebra en el mes de diciembre, brindará la oportunidad de debatir acerca de estas cuestiones.

Para mantener la capacidad de las Naciones Unidas, también debemos invertir en los procesos, porque las Naciones Unidas se caracterizan tanto por sus ámbitos de acción como por sus métodos de trabajo. Es necesaria una gestión eficaz y moderna para garantizar la solidez del sistema de las Naciones Unidas. Por tanto, las reformas en la gestión son indispensables.

En nuestro mundo interconectado, el diálogo es esencial. El diálogo exige el tiempo y la participación de todas las partes. Debe llevarse a cabo sobre una base amplia, con la participación de todos los agentes interesados pertinentes. Por ejemplo, parece que el diálogo político entre los Estados no basta cuando se trata de la lucha contra el cambio climático. Los fenómenos meteorológicos extremos, como los huracanes, demuestran, sin lugar a dudas, que el Acuerdo de París, en relación con la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, debe aplicarse sin demora. Los científicos consideran que, si no se hace nada al respecto, esos fenómenos se convertirán en una nueva realidad a la que todos tendremos que hacer frente. El sector privado, cuyo papel principal en materia de innovación, progreso y desarrollo resulta fundamental, se ocupa, entre otras cosas, de buscar soluciones, en consulta con la comunidad científica y el ámbito político. La diplomacia científica y los intercambios entre científicos nos permiten tomar decisiones acertadas. Como responsables políticos, debemos basar nuestras decisiones en hechos comprobados.

Suiza está firmemente convencida de la importancia de invertir en un sistema multilateral efectivo, en particular en unas Naciones Unidas eficientes. Ante los desafíos actuales y en un mundo interconectado como el nuestro, la noción de “sálvese quien pueda” no es una opción viable.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, deseo dar las gracias a la Presidenta de la Confederación Suiza por el discurso que acaba de pronunciar.

La Presidenta de la Confederación Suiza, Sra. Doris Leuthard, es acompañada al retirarse del Salón de la Asamblea General.

Discurso del Presidente de la República Eslovaca, Sr. Andrej Kiska

El Presidente de la República Eslovaca, Sr. Andrej Kiska, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Presidente de la República Eslovaca, Excmo. Sr. Andrej Kiska, a quien invito a dirigirse a la Asamblea General.

El Presidente Kiska (*habla en inglés*): Sr. Presidente: Ante todo, permítame felicitarle por haber asumido la Presidencia. Estoy convencido de que bajo su liderazgo la rapidez y el éxito de la labor de la Asamblea General están garantizados.

Cada minuto, mientras hablo, 12 niños mueren de hambre y más de 100 nacen en condiciones de pobreza extrema. Decenas de ellos mueren a causa de enfermedades prevenibles, que podemos curar desde hace decenios, y nos corresponde a nosotros — a los presentes en este Salón — la responsabilidad de hacer todo lo que esté en nuestra mano para ayudarlos.

En ocasiones, los retos a los que nos enfrentamos no requieren estrategias complicadas ni cantidades de dinero sin precedentes. Tan solo requieren nuestra dedicación y un verdadero liderazgo por ambas partes: los que pueden contribuir a superar la ignorancia y el egoísmo, y los que reciben la ayuda para que las personas sean su máxima prioridad.

Por ello deseo encomiarlo, Sr. Presidente, por su elección de un tema central tan acertado para el período de sesiones de este año de la Asamblea General, a saber, nuestros pueblos y la lucha por la paz y una vida decente para todos en condiciones sostenibles, a saber, “Centrados en las personas: por la paz y una vida decente para todos en un planeta sostenible”. Es cierto que nuestra responsabilidad primordial como líderes políticos es velar por el planeta y trabajar al servicio de sus habitantes. La creación de sociedades seguras, saludables, prósperas y justas para todas las personas no es solo una ambición. Es nuestro deber. Es el motivo por el cual nuestros pueblos nos otorgan la facultad de actuar en su nombre y de utilizar los recursos limitados que generan nuestras sociedades.

Nuestra dedicación a los principios comunes, nuestra virtuosa ambición de cumplir las promesas y nuestra capacidad para obtener resultados son los tres componentes fundamentales de toda función pública respetable, y los principales enemigos de los esfuerzos por conseguir una verdadera mejora cualitativa de la situación en el mundo son el egoísmo, la ignorancia y los estrechos intereses nacionales o personales. El respeto de los principios de la paz y la seguridad es fundamental

para que todas las personas puedan vivir en condiciones de dignidad. Esos principios han constituido el eje central de la Organización desde su creación. La responsabilidad inicial y primordial que tenemos los líderes y Miembros de las Naciones Unidas es la de actuar sobre la base de esos principios y valores, hacer que se cumplan y castigar a los que los vulneran.

Sin embargo, son demasiadas las personas que pierden la vida en conflictos sin sentido o sufren el desplazamiento como resultado de la violencia. Las enormes tragedias humanas, los daños materiales causados por los conflictos armados y la crisis de los refugiados merman recursos muy necesarios que podrían utilizarse con fines sociales y para favorecer el desarrollo económico. La sangrienta realidad del momento histórico que vivimos es un doloroso recordatorio de nuestra ignorancia y nuestro egoísmo.

Cada año, después de esta reunión, todos regresamos a nuestros hogares. Sin embargo, más de 60 millones de personas no tienen un hogar al que regresar: son las personas que tuvieron que dejarlo todo para salvar sus vidas y huir de la pobreza o de los horrores de la guerra. Esas personas no piden demasiado. Solo quieren tener un lugar donde vivir, educar a sus hijos y prosperar con sus seres queridos. Tenemos que lograr que esas personas vuelvan a encontrar un hogar.

La manera en que tratamos a nuestro propio pueblo es tan importante para la paz y la seguridad internacionales como la manera en que nos tratamos los unos a los otros. La reciente confirmación de que el régimen de Al-Assad ha empleado armas químicas contra sus propios ciudadanos en Siria debe alarmarnos tanto como las atrocidades cometidas en Ar-Raqqa, Mosul y otros muchos lugares. Esas atrocidades son una muestra del poco respeto que se tiene por las vidas humanas y por el principio mismo de humanidad, en particular cuando hablamos de juegos de poder. Nuestra determinación con respecto a actuar cuando están en juego los principios de las Naciones Unidas es a menudo la última esperanza de los que esperan con angustia nuestra ayuda, atrapados en medio de una violencia letal en las ruinas de lo que una vez fueron sus hogares.

Somos testigos de cómo los intereses egoístas cimentados sobre la propagación de la inestabilidad menoscaban los esfuerzos colectivos por garantizar la paz y la seguridad. Se está socavando la esencia misma de la Carta de las Naciones Unidas, cuyo objetivo es garantizar la convivencia pacífica entre las naciones, en nombre de las ambiciones y el egoísmo de las llamadas

esferas de influencia, que no es más que un término sofisticado que a menudo se utiliza indebidamente para encubrir violaciones del orden internacional y justificar la falta de respeto por la soberanía. Es un juego peligroso con resultados trágicos y consecuencias inesperadas. En Europa también lo observamos: Ucrania, Georgia y Moldova conocen bien el precio de la paz. Son conscientes del sufrimiento que supone el menoscabo de su soberanía por parte de un vecino agresivo; un vecino que piensa que las normas no le conciernen.

Por tanto, no deberían sorprendernos las consecuencias graves e irreparables que supone la pérdida de control de las situaciones para las personas, los países y este planeta. En la actualidad nos enfrentamos a una de las peores amenazas a la paz y la seguridad internacionales de la historia reciente: Corea del Norte amenaza abiertamente a nuestro mundo con armas nucleares. No podemos tolerar esa grave falta de respeto por la vida humana. Exhorto enérgicamente al régimen norcoreano a que ponga fin a sus actividades de desarrollo de armas de destrucción en masa y vuelva a la senda del diálogo y de la construcción de la paz en la península de Corea.

Necesitamos una determinación colectiva basada en el espíritu de la Carta de las Naciones Unidas. La Organización debe ser firme en sus principios y defender el propósito por el que se creó. Algunos de nosotros tenemos una responsabilidad específica al respecto a los niveles regional o internacional. No tienen cabida para juegos geopolíticos ni beneficios económicos a costa de nuestra seguridad común. Hay millones de vidas humanas en juego.

Vivimos en el momento más próspero de la historia de la humanidad. Contamos con todos los instrumentos y suficientes recursos para ayudar a todos los seres humanos de este planeta a vivir en condiciones de dignidad, libres de temor y del hambre. No obstante, hay un reto que pondrá a prueba todos los límites de nuestra capacidad para liderar, colaborar, adaptarnos y reinventar nuestras sociedades y la manera en que vivimos nuestras vidas. Estamos empezando a ver y sentir las siniestras consecuencias de nuestras acciones contra el medio ambiente. Las inundaciones que llevan 100 años aumentando en frecuencia, los huracanes que golpean cada vez con más virulencia o las devastadoras sequías que obligan a las personas a abandonar sus hogares y sus medios de vida no son advertencias de un futuro cambio climático; son poderosos fenómenos naturales propios del entorno en que vivimos.

La aprobación el año pasado del Acuerdo de París sobre el Cambio Climático fue una demostración de

voluntad colectiva sin precedentes para tratar los problemas derivados del cambio climático a los que deben hacer frente nuestras sociedades. Podría ser recordado como un esfuerzo único de la generación humana actual para mitigar las consecuencias de nuestro impacto sobre el medio ambiente. Podría ser nuestro último legado: una oportunidad para que nuestros hijos se adapten y vivan de nuevo felices y en condiciones de seguridad con un nuevo medio ambiente.

Nuestra dedicación a los principios comunes, nuestra honradez para cumplir lo que prometemos y nuestra capacidad para obtener resultados en relación con esta cuestión son más decisivas que nunca. El dinero y los intereses económicos a corto plazo no podrían en ningún caso compensar los daños irreparables que se producirán si fracasamos en nuestras acciones conjuntas y seguimos actuando de manera irresponsable. El precio de esa ignorancia planetaria será mucho más elevado que cualquier otro que hayamos pagado.

Eslovaquia es consciente de la urgencia de emprender acciones colectivas. Impulsamos la ratificación del Acuerdo de París durante nuestra presidencia de la Unión Europea el año pasado. Hoy confirmo que adoptaremos todas las medidas nacionales necesarias para cumplir con nuestras obligaciones, porque el Acuerdo de París debe aplicarse plenamente.

La Organización lleva decenios prestándonos un buen servicio. Se ha enfrentado a duros desafíos — en algunas ocasiones con un éxito rotundo y en otras con el fracaso, pero es lo mejor que nos ha pasado, porque sus éxitos son incontables y disfruta de una merecida autoridad a nivel mundial. En el mundo actual existen muchos problemas acuciantes que no se habían previsto cuando se crearon las Naciones Unidas. ¿Quién hubiera podido imaginar que uno de los temas más importantes en el programa de las Naciones Unidas sería el cambio climático? A pesar de todo, estamos demostrando que podemos ocuparnos de esos problemas. Sin embargo, sería ingenuo pensar que con los antiguos procedimientos podremos obtener nuevos resultados y abordar problemas nuevos e imprevistos. Al igual que cualquier otra organización, necesitamos adaptarnos a los cambios. Estoy absolutamente convencido de que somos capaces de adaptarnos. Sin embargo, permítaseme subrayar con insistencia que en nuestros esfuerzos por lograr que la reforma sea más eficiente debe respetarse sin excepción el elemento fundamental de las Naciones Unidas.

Para lograrlo, todos nosotros tendremos que ser líderes responsables. Debemos abandonar el egoísmo nacional

y la ignorancia. Debemos mantenernos fieles a los principios de la Carta de las Naciones Unidas y ser honestos los unos con los otros manteniendo las promesas que hacemos y obteniendo resultados, no solo de palabra sino también con hechos. Eso obedece a que no hay tarea más noble para nosotros que servir a nuestro pueblo y esforzarnos por que pueda vivir en paz, dignidad y prosperidad.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, deseo dar las gracias al Presidente de la República Eslovaca por el discurso que acaba de pronunciar.

El Presidente de la República Eslovaca, Sr. Andrej Kiska, es acompañado al retirarse del Salón de la Asamblea General.

Discurso del Presidente de la República Federal de Nigeria, Sr. Muhammadu Buhari

El Presidente (*habla en inglés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Presidente de la República Federal de Nigeria.

El Presidente de la República Federal de Nigeria, Sr. Muhammadu Buhari, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Presidente de la República Federal de Nigeria, Excmo. Sr. Muhammadu Buhari, a quien invito a dirigirse a la Asamblea.

El Presidente Buhari (*habla en inglés*): Sr. Presidente: En nombre de mi país, Nigeria, lo felicito por su elección, así como al Sr. Guterres por su primer período de sesiones de la Asamblea General como Secretario General. Quiero garantizarles a los dos la solidaridad y la cooperación de mi país. De hecho, necesitarán la cooperación de todos los Estados Miembros, puesto que nos reunimos en una época peligrosa y extraordinariamente turbulenta. Permítaseme también dar las gracias por su servicio a las Naciones Unidas al ex Secretario General, Sr. Ban Ki-moon, y desearle un retiro pacífico.

Hemos sido testigos de muchos acontecimientos de gran alcance en el último año. Entre los acontecimientos más importantes en ese período figuran el acuerdo nuclear con el Irán, el Acuerdo de París sobre el Cambio Climático y la crisis nuclear de Corea del Norte, que es motivo de profunda preocupación.

Debo encomiar también el papel que desempeñaron las Naciones Unidas para ayudar al asentamiento de miles de civiles inocentes que se han visto atrapados en

los conflictos de Siria, el Iraq y el Afganistán. En particular, debemos agradecer de manera colectiva por prestar asistencia a cientos de miles de refugiados al Gobierno de la República Federal de Alemania y al encomiable liderazgo de la Canciller Angela Merkel, así como a los Gobiernos de Italia, Grecia y Turquía.

En una ejemplar demostración de solidaridad, la comunidad internacional se reunió en mi propia región para ayudar a los países y comunidades del Sahel y las regiones del Lago Chad a contener las amenazas que plantean Al-Qaida y Boko Haram.

Damos las gracias al Consejo de Seguridad por la visita que hizo a los países de la cuenca del Lago Chad para evaluar la situación de la seguridad y las necesidades humanitarias, así como para prometer asistencia para que las personas de la región reconstruyan su vida y sus medios de subsistencia. En Nigeria, estamos prestando socorro y asistencia humanitaria a millones de desplazados internos en campamentos y a personas afectadas por el terrorismo, la sequía, las inundaciones y otros desastres naturales.

En el último año, la comunidad internacional se reunió para centrarse en la necesidad de lograr la igualdad de género, el empoderamiento de los jóvenes y la inclusión social, así como en la promoción de la educación, la creatividad y la innovación. Las fronteras de la buena gobernanza, la democracia, incluida la celebración de elecciones libres e imparciales, y la entronización del estado de derecho se están ampliando en todo el mundo, especialmente en África.

Nuestra fe en la democracia sigue siendo firme e inquebrantable. Nuestro organismo regional, la Comunidad Económica de los Estados de África Occidental, se reunió para defender los principios democráticos en Gambia, al igual que había hecho anteriormente en Côte d'Ivoire.

A través de nuestras iniciativas nacionales a título individual se están fortaleciendo las instituciones del Estado a fin de promover la rendición de cuentas, combatir la corrupción y recuperar los activos. Esos objetivos únicamente se alcanzarán si la comunidad internacional colabora y presta asistencia crucial y apoyo material. Cooperaremos también para abordar el aumento de la delincuencia transnacional en sus diferentes formas, como el trabajo forzoso, la esclavitud moderna, la trata de personas y la ciberdelincuencia.

Esos esfuerzos de cooperación deben mantenerse. Debemos elaborar estrategias y movilizar las respuestas necesarias para evitar que los combatientes que huyen

del Estado Islámico en el Iraq y Al-Sham dejen de transformarse e infiltrarse en el Sahel y la cuenca del lago Chad, donde los recursos son exiguos y la capacidad de respuesta es deficiente. Para lograrlo, habrá que mantener una cooperación estrecha entre las Naciones Unidas y las organizaciones regionales, como la Unión Africana, en materia de prevención y gestión de conflictos. Las Naciones Unidas deben seguir asumiendo el liderazgo primordial respecto del mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, proporcionando, de manera previsible y sostenible, una financiación adecuada y otros medios para apoyar las iniciativas regionales y las operaciones de mantenimiento de la paz autorizadas por el Consejo de Seguridad.

Los nuevos conflictos no deben hacernos perder de vista los antiguos conflictos en curso sin resolver. Por ejemplo, siguen sin aplicarse varias resoluciones del Consejo de Seguridad de 1967 sobre la crisis del Oriente Medio. Entretanto, el sufrimiento del pueblo palestino y el bloqueo de Gaza continúan. Además, ahora enfrentamos la desesperada situación humanitaria y de derechos humanos en el Yemen y, de manera más trágica, en el estado de Rakáin en Myanmar. La crisis en Myanmar nos recuerda lo ocurrido en Bosnia en 1995 y en Rwanda en 1994.

La comunidad internacional no puede permanecer en silencio y no condenar el terrible sufrimiento causado por lo que, como todo indica, es un programa de despoblación brutal respaldado por el Estado de las zonas de Myanmar habitadas por los rohinyá sobre la base de la etnia y la religión. Apoyamos plenamente el llamamiento del Secretario General y el Gobierno de Myanmar para ordenar que se ponga fin a la continua depuración étnica y se garantice el regreso de los desplazados rohinyá a sus hogares en condiciones de seguridad y dignidad.

En todas esas crisis, las principales víctimas son las personas, siendo los más vulnerables las mujeres y los niños. Por ello, el tema de este período de sesiones, "Centrados en las personas: la lucha por la paz y una vida digna para todos en un planeta sostenible", es sumamente apropiado. Mientras la comunidad internacional se esfuerza por resolver estos conflictos, debemos ser conscientes del aumento de las desigualdades en las sociedades y la brecha entre ricos y pobres, y centrarnos en esas cuestiones. Esas desigualdades y brechas son parte de las causas profundas subyacentes de la competencia por los recursos, la frustración y la ira que conducen a una espiral de inestabilidad.

La amenaza más acuciante a la paz y la seguridad internacionales es el acelerado programa de desarrollo de

armas nucleares de Corea del Norte. Desde la crisis de los misiles de Cuba de 1962, nunca hemos estado tan cerca de la amenaza de una guerra nuclear como ahora. Nigeria propone que una gran delegación de las Naciones Unidas establezca de manera urgente un diálogo con el líder de la República Popular Democrática de Corea. La delegación, encabezada por el Consejo de Seguridad, debería incluir a Estados Miembros de todas las regiones. La crisis de la península de Corea pone de relieve la urgente necesidad de que todos los Estados Miembros, guiados por el espíritu de garantizar un mundo más seguro y pacífico, ratifiquen sin demora el Tratado sobre la Prohibición de las Armas Nucleares, que se abrirá a la firma aquí mañana.

Quiero concluir mis observaciones reiterando la adhesión inalterable de Nigeria a los principios fundamentales y los objetivos de las Naciones Unidas. Desde nuestra admisión como Estado Miembro en 1960, siempre hemos participado en todos los esfuerzos encaminados a lograr la paz, la seguridad y el desarrollo a nivel mundial. Nigeria seguirá apoyando a las Naciones Unidas en todos sus esfuerzos, entre otras cosas en la consecución de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, deseo dar las gracias al Presidente de la República Federal de Nigeria por el discurso que acaba de pronunciar.

El Presidente de la República Federal de Nigeria, Sr. Muhammadu Buhari, es acompañado al retirarse del Salón de la Asamblea General.

Discurso del Presidente de la República Checa, Sr. Miloš Zeman

El Presidente (*habla en inglés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Presidente de la República Checa.

El Presidente de la República Checa, Sr. Miloš Zeman, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Presidente de la República Checa, Excmo. Sr. Miloš Zeman, a quien invito a dirigirse a la Asamblea.

El Presidente Zeman (*habla en inglés*): Cuando era relativamente joven, me influyeron profundamente dos libros. Uno de ellos fue *El fin de la historia y el último hombre*, de Francis Fukuyama, y el segundo fue *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, de Samuel Huntington. El libro de Fukuyama era una

descripción de un nuevo mundo audaz, una nueva utopía donde cada país tenía el mismo sistema político basado en una democracia parlamentaria liberal: un bonito sueño, pero nada más. Huntington, en cambio, era realista y cínico. Simplemente predijo la aparición gradual de conflictos entre diversos tipos de civilizaciones. Por cierto, en uno de sus artículos en *Foreign Affairs*, también habla de las fronteras sangrientas del islam.

Ahora tenemos un nuevo tipo de civilización —debería llamarlo anticivilización— que ha surgido en los últimos dos o tres decenios. La característica típica de esa civilización es el hecho de que se basa en el terror y nada más. Vemos esos actos terroristas en toda Europa y fuera de ella. Transmitimos nuestras condolencias, expresamos nuestra solidaridad con las víctimas de actos terroristas, organizamos protestas y manifestaciones, pero lamentablemente seguimos dudando si luchar contra esa anticivilización terrorista con todo nuestro poder. Debo admitir que hace un año, critiqué a las Naciones Unidas en este Salón (véase A/71/PV.12) por su incapacidad para definir el término “terrorismo”.

La situación ha cambiado. Durante 70 años, no hemos podido definir la palabra “terrorismo”. Por otra parte, valoro mucho las iniciativas del Secretario General y la reciente creación de la Oficina de las Naciones Unidas de Lucha contra el Terrorismo, medida razonable hacia una solución práctica de la lucha contra el terrorismo mundial. La Asamblea debe saber que hay 38 —repito, 38— organizaciones e instituciones de lucha contra el terrorismo bajo la égida de las Naciones Unidas, ¡38! Considero que, cuantas más instituciones de ese tipo creemos, más serán los movimientos terroristas que puedan prosperar. Lo que necesitamos es una única oficina firme para luchar contra el terrorismo, que disponga de todas las medidas necesarias, incluida la fuerza militar, para luchar contra el terrorismo sobre la base del Artículo 47 de la Carta de las Naciones Unidas. Agradezco el nombramiento del Sr. Voronkov, con quien me reuní ayer. Estoy seguro de que el Sr. Voronkov podrá resolver los problemas que exacerban el terrorismo islámico en todo el mundo.

El Sr. Hilale (Marruecos), Vicepresidente, ocupa la Presidencia.

Permítaseme referirme a la otra cara de la moneda: la migración. Las actividades terroristas desencadenan oleadas de migración, como se observa en Siria y el Iraq. Además, la migración está vinculada al terrorismo porque algunos yihadistas simulan ser migrantes. En Europa y en otros continentes, entre otras cosas,

crean células durmientes e incitan a los “lobos solitarios”. Entiendo a los que dicen que debemos acoger a los migrantes, pero mi oposición surge por el hecho de que la migración masiva procedente de los países africanos y otros países representa una fuga de cerebros. La partida de los jóvenes y saludables —principalmente varones— de sus países representa un debilitamiento del potencial de esos países. Todos los que reciben migrantes en Europa están de acuerdo en que la fuga de cerebros existe y que incide en el continuo retraso de dichos países. Lo que debemos hacer es ayudar a esos países proporcionándoles electricidad, hospitales, escuelas y recursos hídricos a fin de estabilizar la población en su territorio, en lugar de apoyar la migración.

Para concluir, deseo decir que la guerra contra el terrorismo debe basarse en el optimismo histórico y en

la fe en que venceremos algún día. En Barcelona, el pueblo español dijo que no tenía miedo, y Franklin Roosevelt proclamó la necesidad de vivir libres de temor. Por ello, deseo citar una frase de Martin Luther King que, a mi juicio, expresa muy bien el optimismo histórico: “Aunque supiera que el mundo va a terminar mañana, plantaría el árbol que me propuse plantar.”

El Presidente Interino (*habla en francés*): En nombre de la Asamblea General, deseo dar las gracias al Presidente de la República Checa por el discurso que acaba de pronunciar.

El Presidente de la República Checa, Sr. Miloš Zeman, es acompañado al retirarse del Salón de la Asamblea General.

Se levanta la sesión a las 12.05 horas.